

“*Mirarán al que traspasaron*”

Concepción Cabrera de Armida

PRESENTACIÓN

El *RUBÍ CELESTIAL* fue escrito por la Venerable Sierva de Dios Concepción Cabrera de Armida, mujer mexicana que nació el 8 de diciembre de 1862 en San Luis Potosí. Fue esposa de Dn. Francisco Armida García, madre de nueve hijos y por su vida mística y apostólica el instrumento de Dios para suscitar en la Iglesia la *Espiritualidad de la Cruz y la Familia de la Cruz*

Murió con fama de santidad en 1937. Durante su vida publicó cuarenta y seis libros que tuvieron grandísima difusión en el Pueblo de Dios, alimentando su fe y devoción, pasando ella desapercibida con el seudónimo de "Por el Autor de Ante el Altar".

Conchita es de aquellos de los que la Escritura dice que “*Mirarán al que traspasaron*”. (cf Zac 12,10; Jn 19,37; Ap 1,7) EL RUBÍ CELESTIAL, MEDITACIONES PARA HONRAR AL CORAZÓN DE JESÚS, es el fruto de una mirada profunda y llena de amor al Corazón de Cristo traspasado en la Cruz. Ella nos anuncia lo que el Señor le comunicó. (1)

Concepción Cabrera de Armida desde la sencillez y compromiso de vida seglar es llamada por Dios para evangelizar al hombre de hoy y ayudarlo a construir la civilización del Amor, que es compromiso de solidaridad con todos los hombres desde la contemplación de la cruz del Corazón traspasado.

Beatriz Josefina Buenfil, R.C.S.C.J.
Al inicio del III Milenio, 14 enero 2000

(1) «La meditación de los Misterios de mi vida santísima es de mucho fruto para las almas; pero la de mi Pasión, debiera ser el pan cotidiano del hombre. Esta meditación de mi Pasión y de mis dolores tiene, o lleva en si, la virtud de encender a las almas en el fuego de mi amor y en el del sacrificio Las almas que con frecuencia meditan mi Pasión, no tardan mucho, si están limpias, en arder en el divino fuego No existe en la tierra combustible más a propósito para encender los corazones en el amor santo, que la meditación continuada de mis dolores por el hombre. La meditación que alcanza a mis dolores internos, raya en oración, por los divinos y copiosos frutos que ella trae a las almas. Felices de las almas que llegan a internarse por la llaga de mi Costado hasta el fondo de mi Corazón divino...». (C.C. 13, 269-270; 28 mayo 1900)

El *Rubí Celestial*, publicado en 1920 sigue teniendo interés para el hombre actual: su doctrina sobre el Amor divino, encarnado en el Corazón humano de Jesús, no deja de ser un mensaje personal, vivencial, eclesial y social para el inicio del tercer Milenio, tan sediento de amor, anhelante posiblemente de manera inconsciente de un amor verdadero, fiel, generoso y puro, que sólo puede encontrarse en el Corazón de quien dijo: “...*Nadie tiene amor más grande que el que es capaz de dar la vida por el que ama*”. (Jn 15,13)

En estas líneas se nos muestra -con el lenguaje humano y vivencial de los místicos- la experiencia personal de nuestra escritora potosina *Concepción Cabrera de Armida (Conchita)*. Al contemplar este misterio del amor divino-humano del Corazón del Redentor, ella nos regala un conocimiento amoroso y rico -de corazón a Corazón- de los tesoros de este insondable amor del Dios encarnado en sus inabarcables dimensiones: su profundidad, su altura, su anchura y su longitud. (cf. Ef 3,18)

La experiencia *saboreada* de la ternura del Corazón de Jesús: sus anhelos, sus deseos, sus alegrías, sus dolores, sus pasiones, aflora en todas las páginas de estas meditaciones y hacen prorrumpir a Conchita en *desahogos* amorosos brotados de esas luces que incendian su corazón en amor al *Corazón traspasado por nuestro amor*.

Hemos ilustrado las meditaciones con citas bíblicas, referencias o lugares paralelos al tema correspondiente, para enriquecerlo y actualizarlo.

Al final de cada meditación añadimos unos textos del Magisterio de la Iglesia, alusivos a la devoción al Sagrado Corazón de Jesús de los Concilios y de los Pontífices de este siglo; otras del *Código de Derecho Canónico y del Catecismo de la Iglesia Católica*, con los que esta devoción queda sólidamente cimentada en documentos y declaraciones eclesiales y pontificias.

Conchita, al componer sus *Devocionarios* de divulgación, acudía a su *Diario espiritual* para compartir como mistagoga la enseñanza que el mismo Señor le ha dado a ella. Los *desahogos* de Conchita son espontáneos; podemos inspirarnos con ellos o utilizar nuestras expresiones personales para una oración vivencial.

Que este nuevo esfuerzo por presentar estas ricas páginas místicas produzcan frutos de amor generoso para comprender al amor incansable del Dios-Amor por los hombres, que irradia en toda la obra creadora y salvadora, y sigue estando cercano a nosotros, especialmente en la Eucaristía. Que el Corazón de Jesús venga a hacer reinar nuevamente el amor por el Espíritu Santo para que surja esa *nueva Civilización del Amor y de la Vida*.

Dolores Icaza Conry; R.C.S.C.J.

EL CORAZÓN TRASPASADO EN LA CRUZ

-Palabras del Papa Juan Pablo II-

“Uno de los soldados le atravesó el costado con una lanza”. (Jn 19,34)

Este pasaje del Evangelio de san Juan se refiere a la conclusión del Viernes Santo. Los soldados que envía Pilato controlan que los condenados en el Gólgota hayan muerto. Cristo ya está muerto. Para comprobarlo, uno de los soldados le atraviesa el costado con la lanza y, entonces, del costado traspasado **«salió sangre y agua»**. (Jn 19,34) Fue la comprobación de su muerte.

El evangelista no habla del corazón, pero fue traspasado precisamente el corazón humano del Crucificado: de él sale sangre y agua, lo que significa que Jesús, el Nazareno, ya no vive.

A esta descripción el evangelista añade dos frases que testimonian el cumplimiento de las profecías de la Antigua Alianza. Una de ellas afirma: **«Mirarán al que traspasaron»**. (Jn 19,37) cf. Zac 12,10) Mirarán al Crucificado. Fijarán la mirada en su Corazón. Estas palabras son la clave de la historia de tantas personas que a través de esta herida abierta en el costado de Cristo crucificado visible exteriormente, llegan a lo que está escondido a la vista. Miran su Corazón. Fijan la mirada en su Corazón.

Este Corazón esconde en sí mismo de manera humana, el misterio del amor eterno de Dios. El Apóstol anuncia este misterio en la carta a los Efesios: **“..La inescrutable riqueza de Cristo”, el cumplimiento del misterio escondido desde siglos en Dios creador de todas las cosas.** (Ef 3,8-9)

¿Cuál es este designio? ¿Y cuál es su riqueza? La liturgia de la solemnidad del Sagrado Corazón responde con las palabras del libro del profeta Oseas: **«Cuando Israel era niño, yo lo amé. Yo enseñé a Efraín a caminar; tomándolo en mis brazos. Con cuerdas humanas los atraía, con lazos de amor»** (Os 11,1.3-4) Amor divino, cuerdas humanas. A semejanza de un padre o de una madre que **“..levanta a un niño contra su mejilla para darle de comer»**. (Os 11, 4)

El Corazón traspasado en la cruz, el Corazón del Hijo unigénito es el fruto maduro de este amor eterno de Dios hacia el hombre. En él está inscrita para siempre la verdad de la carta de Juan: **“Dios nos amó primero y nos envió a su Hijo como propiciación por nuestros pecados”**. (1Jn 4,10) **“No existe amor más grande que el de quien da la vida por sus amigos”**. (cf. Jn 15,13) No hay amor mas grande que aquel que se manifiesta finalmente en el Corazón traspasado por la lanza del centurión en el Gólgota.

Es necesario que nosotros, siguiendo las huellas de tantos hermanos nuestros, miremos este Corazón divino. De él brota **“..la fortaleza del hombre interior”**, como enseña el Apóstol en la carta a los Efesios. (cf 3,16) Y agrega: **«Que Cristo habite por la fe en sus corazones para que arraigados y cimentados en el amor; puedan comprender... y conocer el amor de Cristo que excede a todo conocimiento, para que se vayan llenando hasta la total plenitud de Dios”**. (Ef 3,17-19)

Por consiguiente, en el principio está el Padre y el Espíritu creador, y en el corazón mismo de las obras y de las aspiraciones de la creatividad humana y del trabajo humano está Cristo. El amor de Cristo, que permite a todo hombre superarse a sí mismo.

«Jesús, manso y humilde de corazón, haz mi corazón semejante al tuyo». El hombre puede hablar de esta manera con Dios, Dios hecho carne, que como hombre lleva la plenitud de la divinidad y toda la profundidad inconmensurable de la vocación del hombre en Dios, precisamente en este Corazón humano. Lleva también en este Corazón humano, al final traspasado con la lanza, todo el misterio del precio, del valor que tiene el hombre, todo el misterio de la redención.

Homilía del Papa Juan Pablo II, en la solemnidad del Sagrado Corazón. 7-VI-91

DEDICATORIA

¡Oh Corazón adorable y afligido de Jesús!

¡Oh Jesús de mi alma! Recibe este pobre obsequio que te presento, sin más valor que tratar de consolarte y de buscar almas que te consuelen.

Enciende sus páginas con el fuego que despide la cruz de tu Corazón de amor; para que, incendiando al mundo con celestiales ardores, sepa honrar dignamente tus penas interiores con generosos sacrificios.

¡Danos, con tus espinas y tu cruz, la gracia de no negarte jamás nada de lo que pueda glorificarte!

El Autor

ORACIÓN PARA TODOS LOS DÍAS

Danos pureza y amor al sacrificio, oh Corazón amantísimo de Jesús, horno encendido del amor más puro y feliz asilo de los que te amamos. Aquí tienes a estos hijos tuyos, que vienen a honrar y compartir tus dolores internos.

Jesús tan amado, destruye todos los obstáculos que nos impiden entrar generosamente en la Cruz; arranca de nuestras almas todos los afectos desordenados; rompe todos los lazos que nos estorban la unión contigo y permítenos penetrar a la herida de tu divino costado y perdernos en el mar sin fondo de tu Corazón sagrado.

La lanza de nuestras ingratitudes abrió de par en par el costado de nuestro Dios, y nos dio el acceso hasta el centro de su misericordia; y Jesús nos convida a entrar por esa puerta y a morar y morir dentro de su corazón de fuego que nos ofrece su agua para santificarnos y su sangre para alimentarnos.

Qué nido tan delicioso es el costado de Jesús, ahí queremos vivir para estudiar su Corazón, arrancar sus espinas y clavarlas dentro de nuestras almas; para curar sus heridas con sacrificios, con amor; con pureza, con generosidad. Amén.

ORACIÓN FINAL

Gracias, Señor, porque nos has concedido la dicha de estar a tu lado, bien cerca de tu Corazón, todo fuego, para incendiar nuestras vidas. Comunícanoslo, Jesús, para que ardamos en el AMOR y en el DOLOR constantemente. Haz que comprendamos cada vez más nuestro sublime deber de consolarte y santificarnos para salvar muchas almas. Que estas enseñanzas se graben profundamente en nosotros; para que en todo hagamos sólo tu divina voluntad. Multiplica a los sacerdotes celosos de tu gloria que, como pastores de tu Pueblo, lo guíen a la pureza y al sacrificio.

Manda vocaciones de fuego y almas enamoradas de tu cruz. Que crezca tu reinado para que, recibiendo Tú la fe del mundo, te glorifiques en cada corazón. Amén.

PENAS DEL SAGRADO CORAZÓN

“...Vino a los suyos... y los suyos no lo recibieron...”. (Jn 1,11)

Todos los trabajos, ofensas y padecimientos, formaban en Jesús como la parte exterior y visible de sus penas; pero en realidad, aunque aceptaba todos estos dolores para honrar a su Padre, expiar el pecado y salvar al hombre² eran un *refrigerio* y hasta un *consuelo* comparados con la sed de cruz que consumía su Corazón.³ Las penas que le despedazaban interiormente y por las cuales, principalmente, se obró la redención, no se veían entonces, y ni aún ahora se consideran ni agradecen, a pesar de que son las más importantes. Estas penas de su Corazón las producen las ingratitudes de los hombres que desprecian su amor y le son dolorosas, en cierto sentido, más que los mismos pecados. Por esto mostró al mundo su Corazón circundado de espinas que significan, diré, la *finura* del dolor con que se ve ofendido.⁴ Ya desde la ENCARNACIÓN, el Corazón divino de Jesús estaba ceñido de espinas punzadoras, y qué pocos, en el transcurso de los siglos, se han acordado de aliviarle de ellas.

Pero ha llegado el tiempo en que los que amamos al Corazón divino tengamos esto por un fin y le consolemos sufriendo con amor y confianza las penas que el cielo nos envíe. *Adorando al Padre en Espíritu y en verdad.* (Jn 4,32)

El amor inmenso que queremos tener al Corazón de Jesús, crece en el alma de dos maneras: en intensidad y en pureza. En intensidad, por medio de las virtudes, sobre todo por la mortificación y la humildad; y en la pureza, por medio de la cruz de las desolaciones y los desamparos.

«Queremos ser víctimas como Tú,⁵ cifrar nuestra dicha en consumirnos unidos a Ti en favor de los pecadores. Cesen ya tus penas, Corazón divino, que nuestras almas, aunque sean pocas, te aman de veras. Amén».

“Una ferviente devoción al Corazón de Jesús fomentará y promoverá sobre todo el culto a la santísima Cruz... Ninguno llegará a sentir debidamente de Jesucristo crucificado si no es penetrando en los arcanos de su Corazón. (HA 70, Pío XII)

“La analogía del Padre bueno en Lucas 15,11-31 permite comprender el misterio de la misericordia divina como un drama profundo entre el amor del Padre y el pecado de cada uno de sus hijos”. (cf. DM 5, Juan Pablo II)

² *“Dios no ha enviado a su Hijo al mundo para condenarlo sino para que el mundo se salve por él”.* (Jn 3,17)

³ *“He venido a traer fuego... y cuánto me angustio...”.* (Lc 12,49)

⁴ *“Los hombres amaron más las tinieblas que la luz”.* (Jn 3,19)

⁵ *“El soportó el castigo que nos trae la paz y por sus cardenales hemos sido curados”.* (Is 53,5)

¡Alabado sea Jesucristo!

En esta primera parte son treinta las meditaciones que Conchita tuvo con Jesús traspasado. Júntalas todas en tu corazón, multiplícalas y trasmítelas a quien más quieras y ames.

MI CRUZ

“En vez del gozo que se le proponía, soportó la cruz...”. (Hb 12,2)

«Quiero que seas mi descanso: mas ¿en dónde ha de reposar mi Corazón sino en la cruz? Por tanto, si quieres ser mi descanso, tienes que ser mi cruz».

«¿Cómo, Jesús mío, descansas en la cruz, si en ella te contemplo padeciendo?»

«Sí, hijo; pero al padecer, sufro amando. Éste es el error en que tantos incurren; creen que en la cruz sólo hay suplicio, porque los que esto dicen, no aman; no saben que precisamente en el dolor se satisface el amor; que en padecer por quien se ama está la felicidad en toda su extensión.»⁶

Si tú eres mi cruz, Yo me convertiré en la tuya: ¿Quieres llevar no sólo contigo, sino en ti, al Corazón del amor? Pues sé mi cruz. ¿Quieres ser perfecto? ¡Crucificate!⁷

¿Quieres salvar almas? Transfórmate en mi Cruz, y las gracias se derramarán abundantemente, sin que tú lo sepas, en el mundo.⁸ ¿Qué me respondes?

Te quiero regalar mi Corazón con todos los tesoros que encierra, y sólo te pido que, por el amor y el dolor, reformes tus hábitos perfecciones tus virtudes en el molde del sufrimiento para que seas una verdadera cruz viva. Entonces ahuyentarás a mis enemigos y atraerás, en la oscuridad del ocultamiento, las bendiciones del cielo. ¿Te prestas a ello?

“Jesús, me anonada tu ternura, me confunde tu bondad.

Me preguntas que si quiero ser tu cruz y resueltamente respondo: sí quiero. Pule esta cruz, límlala y perfecciónala para que sea digna de engastar en ella la Perla divina de tu Corazón. ⁹ Amén”

«Jesús, que todavía en su cuerpo místico padece, desea tenernos por socios en la expiación... porque siendo como somos "cuerpo místico de Cristo" necesario es que lo que padezca la Cabeza, lo padezcan con ella los miembros». (MR 11, Pío XI)

«El amor se transforma en misericordia cuando tiene que superar la norma precisa de la justicia». (DM 5, Juan Pablo II)

⁶ “Hay más felicidad en dar que en recibir”. (Hech 20,35)

⁷ “El que quiera seguirme niéguese a sí mismo, tome su cruz y sígame”. (Mt 16,24)

⁸ “Llevamos en nuestros cuerpos el morir de Jesús... de modo que la muerte actúa en nosotros, mas en ustedes la vida”. (2Cor 4,10-12)

⁹ “Alégrese en la medida en que participan en los sufrimientos de Cristo, para que también se alegran alborozados en la revelación de su gloria... el Espíritu de Dios reposará sobre ustedes”. (1Pe 4,13-14)

¡Alabado sea Jesucristo!

En esta primera parte son treinta las meditaciones que Conchita tuvo con Jesús traspasado. Júntalas todas en tu corazón, multiplícalas y trasmítelas a quien más quieras y ames.

TESORO

“..Donde está tu tesoro, ahí estará también tu corazón”. (Mt 6,21)

«Mi Corazón es un tesoro descubierto al mundo: pero la cruz interna de mi Corazón es el tesoro por excelencia, ¹⁰ ha sido hasta ahora un tesoro escondido y oculto ¹¹ que desde estos tiempos será honrado constantemente».

“¿En dónde hallaremos, Jesús mío, tus hijos ese tesoro de los tesoros?” ¹²

«La herida de mi Costado conduce a la de mi Corazón, y ésta es la puerta que lleva a la cruz secreta, origen de mi continuo sufrimiento. Esa cruz es un leño místico que inflama y quema no sólo con las llamas que en lo alto de mi Corazón se ven brotar, sino también con ascuas invisibles cuyo incendio alimentan las ingratitudes humanas; y ese fuego en que arde mi Corazón no le consume, porque le sostiene mi amor, ¡que es infinito!

Cierto es que mi Corazón atrae; pero es aún más cierto *que sólo mi cruz sostiene su atracción*. Las llamas calientan, pero el santo leño ¿no es verdad que produce en el alma dulcísimo incendio? A mi corazón pueden entrar muchas almas porque es ancha su herida; pero sólo las que ahogan en el mar de la misericordia que en él existe, sus imperfecciones, pueden llegar ya *limpias y purificadas* a esa mi cruz, cuya puerta accesible a todos, se halla en el fondo de las desolaciones y de los desamparos, que sufrí por darles la vida del Padre.

Hijo de la cruz de mi Corazón, es decir de mis dolores internos, en tantos años de estar señalado con el signo de tu redención, ¿te has dado cuenta de esto? ¹³ ¿Te es familiar la puerta de mi costado, la entrada de mi Corazón, mis dolores interiores, causa de mi *pasión interna*, la que tienes el deber de honrar consolándome con la pureza de tu vida, con tus constantes sacrificios, con tus horas de expiación continuada, con tu inmenso amor? ¿Qué me respondes?»

«Señor de mi alma, confundido te respondo que no he agradecido tus favores; que he vivido unido a ti por la sagrada Comunión, y que todavía *no te conozco*; que he recibido tus innumerables beneficios sin agradecerlos. Pero, ya no, mi Jesús: desde este día formaré mi nido dentro de tu Corazón; me abrazaré con tu cruz y arderé con sus llamas ¹⁴ en honra tuya y en bien de los hombres que tanto amas. Amén».

«(En el deseo de consolar al Corazón de Jesús) tienen su origen muchas familias religiosas... que con celo ferviente, y como ambiciosos de servir, se proponen hacer día y noche, las veces del Ángel que consoló a Jesús en el Huerto...». (MR 13, Pío XI)

¹⁰ “*En Cristo están ocultos todos los tesoros de la sabiduría y ciencia de Dios*”. (Col 2,3)

¹¹ “*Misterio escondido desde siglos en Dios...*”. (Ef 3,9)

¹² “*Lleno de alegría va a vender cuanto tiene y compra el campo*”. (Mt 13,33)

¹³ “*¿tanto tiempo... y aún no me conoces? Quien me ve a mí, ve al Padre*”. (Jn 14,9-10)

¹⁴ “*sentía dentro como fuego ardiente*.” (Jr 20,9)

¡Alabado sea Jesucristo!

En esta primera parte son treinta las meditaciones que Conchita tuvo con Jesús traspasado. Júntalas todas en tu corazón, multiplícalas y trasmítelas a quien más quieras y ames.

TENGO SED

“*Tengo sed...*” (Jn 19,29)

«Tengo sed, hijos míos muy amados, de *humildad*, porque hay en el mundo mucha soberbia. Tengo sed 15 de *pureza*, y por eso vengo a buscarla entre los que me aman. Tengo, sobre todo, *sed de cruz*... Y ¿en dónde la hallaré?

Todos se desvelan buscando comodidades aun para su espíritu, y mi Corazón ansía almas amantes del sacrificio, de la abnegación, del renunciamiento propio, de la voluntaria crucifixión.¹⁶ ¿Será verdad que en ustedes hallaré lo que busco, para consolarme?

No hay amor sólido *sin dolor voluntario*, sin cruz, y hasta los que se tienen por míos huyen de mi cruz 17 al par de mis enemigos. ¿En dónde, pues, calmaré mi sed y derramaré mis gracias?

“Aquí, Jesús. Ven aquí para darte de beber y que tú nos des de tu Agua, 18 la que como fuente viva salta hasta la vida eterna. ¿No somos, acaso, hijos de tu Corazón? ¿No queremos consolarte? Crecido es nuestro anhelo, infinitas nuestras aspiraciones de darte gloria: todos queremos desaparecer para que Tú aparezcas: ser nada para que *Tú lo seas todo*. 19

Si tu vida se alimentaba de cruz, la nuestra, y para siempre, con ella se alimentará también. Tú desde el instante de tu Encarnación milagrosa, te abrazaste a ella y cargaste la cruz de tu Corazón, que hasta expirar fue tu compañera, tu tesoro y tu vida: y ¿por qué, mi Jesús?”

«**¡Porque amaba! ¡Óiganlo bien: para mí, AMOR SIN CRUZ, NO HUBIERA SIDO AMOR! Hijos de mi alma: ¡ÁMENME SACRIFICÁNDOSE! Amén**».

“No hay duda de que Jesús poseía un verdadero cuerpo humano dotado de todos los sentimientos que le son propios, entre los que campea el amor”. (HA 24, Pío XII)

¹⁵ “*Dame de beber...*”. (Jn 4,10)

¹⁶ “*El que quiera seguirme... cargue su cruz...*”. (Mt 26,56)

¹⁷ “*Le abandonaron todos y huyeron...*”. (Mt 25,56)

¹⁸ “*El que tenga sed que venga y beba*”. (Jn 7,37)

¹⁹ “*Es preciso que Él crezca y yo disminuya*”. (Jn 3,30)

¡Alabado sea Jesucristo!

En esta primera parte son treinta las meditaciones que Conchita tuvo con Jesús traspasado. Júntalas todas en tu corazón, multiplícalas y trasmítelas a quien más quieras y ames.

¡ALMAS, ALMAS!

“*Si el grano de trigo no muere*”. (Jn 12,24)

«Quiero almas, hijos de mi Corazón: tengo hambre y sed de almas perfectas que me compensen de tantas otras que ingratas, frías e insensibles no corresponden a mi amor. (20) Mi Corazón anhela tener almas, muchas almas que le conozcan y le amen». (21)

“¿Qué haremos, ¡amadísimo Jesús?, ¿qué debemos hacer para siquiera calmar la sed que te devora, Amor único de nuestras almas?”

«Bien pueden calmarla; pero apagarla no. Ustedes que me rodean, sin duda que me consolarán con su fidelidad, con la fineza de su amor: pero por tantos otros que me costaron toda mi sangre y que se pierden por vivir alejados de mí, ¿cómo no contristarme por ellos?»

«¡Ah, Señor!, a tus plantas ponemos hoy nuestra misma miseria, ofreciéndonos a cualquier sacrificio con tal de conseguir que otras almas te sirvan y te amen con la confianza que tú deseas. ¿Te consuela nuestro ofrecimiento?»

«Sí me consuela, porque vale más para mí un alma verdaderamente sacrificada que mil otras de mediocres virtudes. Por esto pido hoy el ejercicio de la perfección al grado de gozarse en el *padecer* (22) y sufrirlo todo sacrificándose con amor, por sólo mi gloria para la salvación de las almas. La caridad en su más pura esencia es: el amor a Mí en el sacrificio, y el amor al prójimo por Mí, gozándose en la cruz que mi Providencia sabia y justa les depare. Limpíen sus almas; purifíquelas más y más, que Yo percibo hasta la tenue nube que, si al pasar sobre ellas ni las toca ni las empaña, las envuelve en su sombra. Quiero que nunca alteren la paz de los corazones ni los acontecimientos, ni las tentaciones, ni la vida, ni la muerte; que su voluntad, unida a la mía, no se mueva sino al viento de mis complacencias. (23)

Quiero que tengan este espíritu de paz y de dulzura, pero adquirido: como consecuencia del dominio propio, del espíritu valeroso de la cruz, que es espíritu de humildad, de pureza y de mortificación, para contrarrestar al mundo.

¡Quiero almas y sacrificios! Almas confiadas y sacrificios ocultos. Yo en mi largueza sabré recompensarlas. Amén».

«Jesús, al aceptar en su corazón humano el amor del Padre hacia los hombres, "los amó hasta el extremo", ya que "nadie tiene mayor amor que el que da su vida por sus amigos". Tanto en el sufrimiento como en la muerte, su humanidad se hizo instrumento libre y perfecto de su amor divino, que quiere la salvación de los hombres». (CIgC 609)

(20) *“La gloria de mi Padre está en que den mucho fruto”*. (Jn 15,8)

(21) *“Padre... que te conozcan a Ti el único Dios verdadero y a tu enviado Jesucristo”*. (Jn 17,3)

(22) *“Me alegro por los padecimientos que soportó por ustedes, y completo en mi carne lo que falta a la pasión de Cristo a favor de su cuerpo que es la Iglesia”*. (Col 1,24)

(23) *“Yo hago siempre lo que le agrada a El”*. (Gal 4,4-5)

DOLORES INTERNOS

“¡Padre, si quieres aparta de mí este cáliz!”. (Lc 22,42)

«Quiero que se honren de manera muy particular los dolores internos de mi Corazón; dolores que si me acompañaron desde que me encarné en las virginales entrañas de María, no cesaron en la cruz, sino que místicamente continúan en la Eucaristía.

El mundo desconoce estos dolores. Desde el instante de mi Encarnación (24) ya la cruz me oprimía y las punzadoras espinas me penetraban. La lanzada (25) hubiera sido un *desahogo* que me aliviara de aquel volcán de amor y dolor, pero esto no lo consentí hasta después de mi muerte. Como siempre han existido y existirán ingratitudes en el mundo, mi Corazón padecerá con las espinas y la cruz hasta el fin de los tiempos. (26)

Como Dios no puede padecer en la cruz: por eso bajé (27) al mundo a buscarla y me hice Hombre en el seno de una Madre Inmaculada.(28) Y entonces como Dios-Hombre, ya pude padecer y sufrir en mi naturaleza humana para colmar mi ambición de salvar muchas almas

Por este anhelo de salvación *clavé en mi Corazón una cruz y en una cruz mi Corazón, porque la cruz es la única llave con que se abre el cielo*. Esto deben hacer las almas que quieran imitarme para salvación de las hombres: clavar la cruz en su corazón primero, y después, ya purificadas, clavar su corazón en la cruz. De esta manera formarán los eslabones de una cadena de oro que las conducirá al cielo y abrirán a los pecadores las puertas de las divinas misericordias.

¿Qué es clavar la cruz en el corazón y el corazón en la cruz? Es el olvido propio abandonándose en las manos de Dios; es la inmolación más generosa y pura en favor de otros: lo que hice Yo. (29) Ésta es la caridad que el Espíritu Santo, cuyo foco es, comunica a las almas que son suyas.

Sólo los que son del Espíritu Santo (30) honran debidamente, con la práctica de las virtudes, los dolores internos de mi Corazón. Y los que esto hagan ¿de quién han de ser sino del divino Consolador de las almas?

Animo y valor, hijos míos, que el amor todo lo vence y la cruz todo lo alcanza. (31) De día y de noche piensen en mis amores y en mis dolores internos y háganlos suyos para consolarme.

«Jesús, conmovidos bebemos día a día tus enseñanzas celestiales y comprendemos que todo es *amor* en tu divino Corazón, y sacrificio en favor del mundo. Haz que también en nuestros corazones todo sea amor y sacrificio por el mismo fin. Amén».

«Toda la fuerza de la expiación pende del sacrificio cruento de Cristo, que por modo incruento se renueva sin interrupción en nuestros altares; pues ciertamente una y la misma es la Hostia... sólo es diverso el modo de ofrecerse; por lo cual debe unirse la inmolación de los ministros y de los otros fieles para que se ofrezcan como hostias vivas, santas agradables a Dios» (MR 8, Pío XI).

(29) “*El mundo ha de saber que amo al Padre y que obro según el Padre me ha ordenado*”. (Jn 14,31)

(30) “*los que son guiados por el Espíritu Santo de Dios*”. (Rom 8,14-15)

(31) “*Todo lo puedo en aquel que me conforta*”. (Flp 4,13)

RIQUEZA REAL

“*Con ansia he deseado comer esta Pascua con ustedes antes de padecer*”. (Zac 22,15)

Mi única riqueza en el mundo fue la cruz: riqueza que superaba a todas por el inmenso valor que en el cielo tiene.(32)

En mi vida no ansié otra cosa que cruz y más cruz, porque quería enseñar a los hombres, que ella es la única riqueza y la felicidad de la tierra y la sola moneda con que se compra una eternidad feliz.

Los dolores internos de mi Corazón, revelados al mundo por las insignias que ostenta: la cruz, las espinas y la lanzada, tienen por fin honrarlos en el mundo el Apostolado de la Cruz: en este Apostolado mi Corazón atraerá a las almas a la Cruz; y mis hijos que se transformen en *cruces vivas* atraerán hacia sí a mi Corazón. En la cruz del Calvario sólo permanece enclavado poco más de tres horas: pero en la cruz de mi Corazón lo estuve toda mi vida mortal. Ambas cruces deben ser honradas, pero más especialmente la de mi Corazón: cruz interna que representa el sufrimiento incomprensible de todas las penas, cuya amargura acibaraba continuamente a mi alma.(33)

Escondidos y velados tuve todos estos dolores, *aun en mi vida oculta*. Yo sonreía y trabajaba, y sólo mi Madre, sólo María y José vislumbraban el *martirio que torturaba mi Corazón*. A esto, que es la perfección del dolor, deben llegar mis hijos predilectos, éste fue mi ideal al manifestar al mundo mi Corazón: formar almas *confiadas*, almas *puras* y *sacrificadísimas*, que transformadas en mi, (34) sonrieran siempre frente a cualquiera cruz gozándose en ella *por mi puro amor*; en bien de quienes están expuestos a perderse. Amén.

«El Divino Redentor fue crucificado por la fuerza del amor más que por la violencia de los verdugos; y su holocausto voluntario es don supremo hecho a cada uno de los hombres, según la incisiva expresión del Apóstol: "Me amó y se entregó a Sí mismo por mí"» (HA 37, Pío XII).

(32) “*¡Oh abismo de riqueza, de la sabiduría y de la ciencia de Dios!*”. (Rom 11, 33-34)

(33) “*Ofreció en los días de su vida mortal ruegos y súplicas con poderoso clamor y lágrimas*”. (Hb 5,7)

(34) “*Completo en mi carne...*”. (Col 1,24)

PURIFICACIONES

“*Tu Dios es fuego devorador; Dios celoso*”. (Dt 4,24)

«El conocimiento íntimo (35) de los dolores internos de mi Corazón, que es como decir la posesión de sus riquezas, no se da ni se puede dar más que a las almas purificadas en el crisol de las pruebas que el Espíritu Santo se digne enviarles. A estas almas se les dará este conocimiento, poco a poco; y no sólo las conocerán, sino que también las *gustarán*, porque sin gustar no es posible conocerlas.

El crisol que viene a limpiar las conciencias y a consumir las miserias, son los desamparos y las desolaciones de las almas *que se dejan hacer sin volverse a tomar jamás*. Yo bajé al seno purísimo de María (36) a padecer por ustedes y bajaré a quien se preste a padecer por Mí. La unión de ellos con el Verbo les hará vivir con mis propias penas y ofrecerlas Conmigo con el mismo fin, es decir, a la gloria de mi Padre y por la salvación de los pecadores.

Estas purificaciones interiores, propias son de las almas dispuestas para *nidos* del Espíritu Santo, porque este divino Espíritu purifica las moradas en las que hay escoria. (37) Él limpia a los que elige, pero es necesario abandonarse sin reserva a su voluntad; (38) y ya cuando este abandono sea perfecto, nada del cielo ni de la tierra podrá turbar su paz.

Allá, en lo más íntimo del ser en que residen las penas ocultas, es donde se honra verdaderamente la cruz de mi Corazón. allá, en la cruz oculta, en el martirio mismo, *está el verdadero descanso del alma enamorada*. Ahí tiene su asiento, en su más alto grado, el perfecto abandono a la voluntad divina y el complacerse en ella. En lo más profundo de mi pecho, junto a la cruz de mis dolores internos viven las almas amantes encerradas dentro de los muros de fuego de mi divino Corazón. (39) Ahí sí hay gozo, y amor ardentísimo que purifica y consume hasta las imperfecciones».

«¿Por qué no vivimos dentro de la cruz de tu Corazón? ¿Por qué no nos quedamos en ella y hacemos propios los dolores que, durante treinta y tres años no te abandonaron? ¿Será posible temer las desolaciones y todos los martirios internos cuando éste es el modo de honrar dignamente tu pasión que casi nadie contempla ni agradece?

Queremos seguirte muy de cerca; pisar tus huellas y crucificarnos al reverso de tu propia cruz con tus mismos clavos de amor, en bien de nuestros hermanos. Amén».

«El Hijo, de la misma naturaleza que el Padre, sufre como hombre. Su sufrimiento tiene dimensiones humanas, pero tiene también una profundidad e intensidad -únicas en la historia de la humanidad- que aun siendo humanas pueden tener una incomparable profundidad e intensidad, en cuanto que el hombre que sufre es en persona el mismo Hijo unigénito: "Dios de Dios". Solamente Él es capaz de abarcar la medida del mal contenida en el pecado del hombre». (SD 17, Juan Pablo II)

“Las palabras de Cristo en la oración en Getsemaní, prueban la verdad del amor mediante la verdad del sufrimiento. **“Padre mío, si esto no puede pasar sin que yo lo beba, hágase tú voluntad”** Son palabras elocuentes que prueban la verdad de aquel amor que el Hijo unigénito da al Padre en su obediencia”. (SD 18, Juan Pablo II)

(35) *“una sabiduría de Dios, misteriosa, escondida”*. (1Cor 2,7.10-16)

(36) *“Y el Verbo se hizo carne...”*. (Jn 1,14)

(37) *“¿Ay Jerusalén, que no está pura! ¿Hasta cuando todavía?”* (Jr 13,27)

(38) *“Acérquense a Dios y Él se acercará a ustedes”*. (St 4,8)

(39) *“¿Quién nos separará del amor de Cristo?”*. (Rom 8,35-39)

CLAUSTRO

“..Anhela mí alma y languidece tras los atrios del Señor”. (Sal 83,3)

El verdadero claustro de las almas debe ser mi Corazón.(40) En cada Comunión darán un paso más para penetrar en el incendio que me inflama de amor, (41) y mi fuego consumirá toda la escoria de sus almas. ¿Ven ese mar de sangre, de dolor que hay dentro de El? Pues en su fondo existe una mina espiritual riquísima; ahí está la quinta esencia de la dulzura, el almíbar más regalado, lo más suave y exquisito del amor. Pero este lugar, secreto y escondido para la mayor parte de las miradas humanas, está debajo de mi cruz interna, *debajo de mi dolor voluntario*; y sólo las poquísimas almas que en él se arrojan amorosas y penitentes, lo llegarán a gustar y se embriagarán de él abrasadas de amor.

Guiados por María, la única criatura que conoce todos los secretos de mi Corazón, (42) penetren en él por esa herida que para ustedes abrió el amor. Ella, mi Madre, (43) vivió siempre dentro de este divino y verdadero claustro, que fue su oasis en la tierra y lo es aún en el cielo.

La cruz interna de mi Corazón es, de verdad, el oasis de las almas enamoradas; es el nido en que reposan y en el que hallan silencio, soledad, recogimiento, frescura, ¡cielo! Ahí, cual blancas palomas, vuelan las almas

siempre hacia arriba, en busca del intenso fuego de la *unión* más íntima y elevada. En el claustro de mi cruz interna se hayan, a las veces, tinieblas, pasos escabrosos, pero el calor vivificante no les faltará allí, porque mi Corazón despide llamas que envuelven por fuera la cruz interna de mis dolores y mis amores. También le quema por dentro un fuego más intenso y más vivo, producido por las ingratitudes de los hombres, (44) mas la luz del amor iluminará, calentará y fortalecerá a las almas que en aquel claustro habiten.

Yo los quiero ver penetrados de los dolores de mi Corazón y de sus amores. Es tiempo ya de darlos a conocer.

“Miren este Corazón que tanto ha amado a los hombres” y penétrese de que les incumbe muy estrechamente meditar en Él, estudiarle y consolarle (45) por medio de su transformación, viviendo en Él y sacrificándose como Él, por la salvación del mundo.

¡Amar sufriendo y sufrir amando! ¡Éste será su paso por la tierra! Amén.

“Siempre ha habido almas... que inspirándose en los ejemplos de la excelsa Madre de Dios... han tributado culto de adoración, de acción de gracias y de amor a la Humanidad Santísima de Cristo, y en especial... a su Pasión Salvadora”. (HA 47, Pío XII)

“La Eucaristía significa caridad, y por ello la recuerda, la hace presente y al mismo tiempo la realiza. Cada vez que participamos en ella de manera consciente, se abre en nuestra alma una dimensión real de aquel amor inescrutable que encierra en sí todo lo que Dios ha hecho por nosotros los hombres y que hace continuamente, según las palabras de Cristo: **"Mi Padre sigue obrando todavía, y por eso obro yo también"** (Jn 5, 17). Junto con este don insondable y gratuito, que es la caridad de Dios... nace en nosotros una viva respuesta de amor. No sólo conocemos el amor, sino que nosotros mismos comenzamos a amar». (DC 5, Juan Pablo II)

(40) **“En la casa de mi Padre hay muchas moradas”**. (Jn 14,1-4)

(41) **“Jesús grito: ‘el que cree en mí, no cree en mí, sino en Aquel que me ha enviado. Y el que me ve a mí ve a Aquel que me ha enviado. Yo, la luz, he venido al mundo para que todo el que crea en mí no viva en tinieblas’”**. (Jn 12,44)

(42) **“Mi morada será la casa de Yahvéh por los días de mi vida”**. (Sal 22,4)

“María guardaba todas estas cosas en su corazón”. (Lc 2,51)

(43) **“el oprobio me ha roto el corazón”**. (Sal 68,21)

(44) **“Así como abundan en nosotros los sufrimientos de Cristo, igualmente abunda también por Cristo nuestra consolación”**. (2Cor 1,5)

LAGRIMAS

“...Al acercarse y ver la Ciudad, lloró Jesús sobre ella”. (Lc 19,41)

«Hijos míos: las lágrimas que brotan de mis ojos (46) conmueven, al correr sobre ellas, a las piedras insensibles de mi altar; y los hombres, por quienes fluyen de mi Corazón, ¡las desprecian! Muchos no las ven porque están ciegos, ¡pero a cuántos otros no les importa verlas ni ser la causa de ellas!»

¿Lágrimas de Jesús? (47) Lágrimas que, por la ingratitud, brotan de sus ojos.

Pero hoy, que anhelamos consolarte, vamos a enjugarlas, secaremos tus ojos divinos procurándote el consuelo de nuestra inmolación en favor de los pecadores.(48) ¡Perdónalos, Jesús! ¡Sálvalos, por piedad, y ya no llores, que entre nosotros vas a descansar consolado, rodeado de almas puras y crucificadas!»

«Gracias, les responde mi Corazón agradecido, y les pido que cada vez que vengan a visitarme a mi sagrario enjугuen mis lágrimas con su amor: Yo haré que su hondura pase a ustedes para que lloren como **Yo y por lo que lloro**; es decir, por la gloria de mi Padre ultrajada, por las infidelidades de los que se llaman míos, por la salvación de las almas que tanto amo; entonces, olvidados de ustedes mismos abrazarán como cruces, con estos fines, todos los padecimientos.

Estas lágrimas son el jugo de mi Corazón, la mirra de mi cruz. El horrible peso de los pecados del mundo las hace brotar, sobre todo las Comuniones sacrílegas, (49) ¡que son tantas! ¿A dónde he de ir a desahogar mi pecho, relatando mis penas, sino al oído de mis hijos que amo y que a mi amor corresponden con el suyo? ¿En dónde se me escucha mejor que en el fondo del alma que, como jardín cerrado, (50) está muy lejos del ruido del pecado? ¿Qué corazones podrán comprenderme si no me comprenden los que viven dentro del Mío?

¡Despierten y ardan, hijos queridos! ¡Ardan en medio de este congelado mundo y empápenlo con las lágrimas de su dueño. Amén».

«*"A quien no conoció e pecado, Dios le hizo pecado por nosotros"*, junto con este horrible peso, midiendo "todo" el mal de dar las espaldas a Dios contenido en el pecado, Cristo, mediante la profundidad divina de la unión filial con el Padre, percibe de manera humanamente inexplicable este sufrimiento que es la separación, el rechazo del Padre, la ruptura con Dios. Pero precisamente mediante tal sufrimiento Él realiza la redención, y expirando pudo decir: "Todo está acabado"». (SD 18, Juan Pablo II)

(46) *"Jesús se echó a llorar..."*. (Jn 11,35)

(47) *"Un ángel le confortaba..."*. (Lc 22,43)

(48) *"Si somos atribulados ¿lo somos para consuelo y salvación de ustedes"* (2Cor 1,6)

(49) *"Quien ama el Pan y bebe el Cáliz del Señor indignamente, será reo del Cuerpo y de la Sangre del Señor"*. (1Cor 11,27)

(50) *"Huerto eres cerrado, hermana mía, esposa"*. (Ct 4,12)

HOSTIAS

«*Ofrezcan sus cuerpos como una víctima viva, santa, agradable a Dios*». (Rom 12,1)

Yo quiero que en el mundo se honre interna y externamente a la Sagrada Eucaristía; que todas las almas sean *hostias vivas* imitándome a Mí, que en este sacramento perpetúo el sacrificio de la cruz. Quiero espíritus mortificados, cuerpos sin mancha ni levadura, es decir, *puros como los velos que encubren mi Majestad en el Sacramento eucarístico*.

Hostia, significa víctima. Si tanta pureza exijo en lo que no es más que el revestimiento exterior de la criatura, ¿qué pediré para adornar lo íntimo de los corazones que busco para morada? La substancia del pan se convierte en mi propio Cuerpo para alimento de las almas, para su salvación. (51) Y para el mismo fin, mis hijos predilectos ¿no querrán convertirse en víctimas? ¡Éste es el consuelo que pide mi Corazón *hostia*, mi Corazón víctima! La *Hostia-Jesús* busca hostias. La *Víctima santa* busca víctimas, almas sacrificadas para expiar con Él la falta de amor". (52)

«Mas ¿cómo ser puros, cómo víctimas si no es con el contacto y la comunión con el Pan partido y entregado? Pues, ven a nosotros cada día y penétranos con tu Sangre derramada.

Tras el tenue velo con que te encubres, los corazones que te aman te sienten, te adivinan, te ven. Las almas de tus fieles se enardecen con tu presencia; sus ojos te siguen sin cesar; sus corazones no pueden apartarse de la hostia consagrada que no logra ocultarse a sus espirituales miradas.

¡Oh Jesús de nuestras almas!, imprime en nosotros tu entrega, transfórmanos de tal modo que sólo respiremos CRUCIFIXIÓN.

Concédenos esta gracia, amada Eucaristía, para que llenemos nuestro fin de amor y sacrificio en la vida. Amén».

«Crece el número de fieles de uno y otro sexo, inspirados del Espíritu Santo, que con resuelto ánimo procuran satisfacer al Corazón Divino por las ofensas que se le hacen, y aún no dudan en ofrecerse a Cristo como víctimas». (MR 13, Pío XI)

(51) *"Este es mi cuerpo que va a ser entregado por ustedes"*. (Lc 22,19)

(52) *"Cristo sufrió para que sigamos sus huellas"*. (1Pe 2,21)

DAME DE BEBER

"...Si conocieras el don de Dios, y quien es el que te dice: "Dame de beber", tú le habrías pedido a él y él te habría dado agua viva". (Jn 4,10)

Qué tiernas, qué delicadas y dulces son estas palabras que revelan un mundo de misterios y un abismo de ternuras del Corazón de Jesús. Nos invitan a la intimidad, a hablar de Corazón a corazón, *"...sus Palabras son espíritu y vida"* (53) y con insistencia nos dice: *"..El que venga a mí, no tendrá hambre, y el que crea en mí, no tendrá nunca sed"*. (54)

«Tengo sed, Señor, de esas fuentes milagrosas, que la apagan para siempre, sed de tu sangre para alimentarme, de tu agua para purificarme. Tengo sed del sacramentado, quiero recibirte, Señor, cada día y allí en la comunión, cuando entras tú en mí y yo en ti, saciarme de tu Espíritu Santo y permanecer unido a ti para calmar tu sed, y que tú sacies la mía. (55)

¿Cómo no apagar mi sed contigo, que eres mar y fuente y río y diluvio de aguas vivas? Y por eso gritaste con fuego: “*..Si alguno tiene sed, venga a mí, y beba el que cree en mí. De su seno correrán ríos de agua viva*”. (56) ¡Si conociera el mundo el don de Dios!, esa agua viva, ese Espíritu Santo que brota de tu pecho y que quieres dar a torrentes a quien se acerque con fe.

Por eso escucho que me dices: "Quiero almas; tengo sed!, hambre de almas que hagan contrapeso a tantas otras ingratas, frías e insensibles a mi amor. El Apostolado de la Cruz calmará mi sed, él me dará un puñado de almas que me darán consuelo, mas ¿las otras que se pueden perder y me cuestan toda la sangre? Vale más para mí, un alma verdaderamente disponible a mi amor, la cual me consuela, más que miles de mediana virtud".

Quiero, Jesús mío, que mi alimento sea hacer tu voluntad, esa voluntad adorable que debe llenar mi vida entera. Quiero que tu voluntad, Señor, sea para mí un paraíso, a pesar de los sacrificios que me exija, ¿qué importan éstos si los sufro por tu amor?

Toda pena desaparece ante mí, pensando en Ti, se me acaban los temores cuando siento la fuerza de tu Espíritu y toda mi inmolación me parece suave cuando en ella sacio la sed de darte almas que Tú mismo me comunicas en la Comunión».

«Adelante: no se detengan, déjenme obrar en su alma, cortar, plantar, regar con el agua viva de mi Espíritu. Es imposible que mientras vivan dejen de sentir, pero inclinen y sometan sus deseos, gustos a mis deseos y gustos, hasta que llegando a un mismo querer y no querer, Conmigo alcancen la santa indiferencia y así vivan felices en la plenitud de mi gozo al hacer la voluntad del Padre como Yo. Amén».

«Jesucristo y la Iglesia, desean que todos los fieles cristianos se acerquen diariamente al Sagrado convite, para que tomen fuerzas... se purifiquen de las culpas leves... e impidan los pecados graves». (STS 3)

«Es de desear que el mayor número de fieles participe activamente en el Sacrificio de la Misa, se fortifiquen pura, santamente por la Comunión, den gracias a Cristo Nuestro Señor por tan grande don». (MF 5, Pablo VI)

(53) *Jn 6,63*

(54) *Jn 6,35*

(55) *Cf. Jn 6,56*

(56) *Jn 7,37*

PUREZA

“*Crea en mí, ¡oh Dios!, un puro corazón*”. (Sal 50,12)

Como dentro de mi sagrario sólo los ángeles me circundan, así quiero que sea en mis tabernáculos vivientes: *que como los ángeles se me ame y sirva en ellos*. (57)

Pero, cuánto hace padecer a mi Corazón los pecados de impureza. Por esto he venido a buscar entre ustedes un lugar en donde refrigerarme; por esto, con el jugo de mi Corazón, que es mi Sangre derramada, quiero alimentar el espíritu de mis hijos predilectos, y este dulce pensamiento me hace sonreír en medio de mis dolores. Así, en mis verdaderos amantes imprimiré no sólo la pureza en el cuerpo y en la mente, sino que obraré el depuramiento absoluto de todo afecto menos puro.

Yo quiero ser para ellos, en la Eucaristía, *un foco de atracción* para que en él habiten. Yo quiero ser su vida, su aliento, la fuente en que beban anhelantes la pureza que deben tener. Quiero *que vean, en la Eucaristía*, la inocencia y la blancura que exijo en sus almas que han de ser ayuda en la salvación de los pecadores, y un campo de víctimas que me darán mucha gloria. Cuánto ansío ver realizado este deseo de mi Corazón.

Heme aquí en medio de ustedes. Yo soy su Jesús que les dice: “*..Hagan esto en memoria mía*” (58) para anunciar mi muerte redentora hasta que vuelva. Amén.

“En las palabras, en los actos, en las enseñanzas, en los milagros y especialmente en las obras más esplendorosas de su amor hacia nosotros como la Institución de la Eucaristía, su dolorosa Pasión y muerte, la

fundación de la Iglesia [...] debemos admirar su triple amor y meditar los latidos de su Corazón”. (HA 31, Pío XII)

“Jesús nos espera en este Sacramento del Amor. No escatimemos tiempo para ir a encontrarlo en la adoración, en la contemplación llena de fe y abierta a reparar las graves faltas y delitos del mundo. No cese nunca nuestra adoración”. (DC 3, Juan Pablo II)

(57) *“Yo les aseguro: verán el cielo abierto y a los ángeles de Dios, subir y bajar sobre el Hijo del hombre”*. (Jn 1,51)

(58) *1Cor 11,25-26*

REPARACIÓN

“Espero compasión, y no la hay, consoladores y no los encuentro”. (Sal 68,20)

¡Vengan a nosotros todos los martirios antes que ver ofendido tu Corazón eucarístico, Jesús, en el sacramento de tu amor! Quisiéramos que se multiplicaran nuestros corazones para formar con ellos un círculo que te rodeara en el Sagrario; para que recibieran y no te tocasen a Ti, todos los dardos que en tu contra disparan los odios y las ingratitudes de los hombres. Concédenos hoy esta gracia: que nuestra vida se convierta en una constante reparación por medio del sacrificio amoroso.

Quisiéramos de veras ser víctimas perfectas, (59) consumirnos en holocausto para impedir que se te ofenda, Señor, en la sagrada Eucaristía; que nuestras almas arden intensamente en ansias de sacrificarse por los pecadores. No nos importa saber por qué ni por quiénes nos sacrifiquemos: nuestro abandono a la voluntad divina, nuestra aceptación de la cruz, es absoluta. (60)

Queremos pensar en ti, Jesús Eucaristía, en lugar de los que no piensan que vives en los altares. Queremos sacrificarnos y que nos sacrifiquen en cualquier forma por los que te ofenden. Queremos multiplicarnos para que tengas más cruces en qué descansar, y amarte, amarte en compensación de tantos que te aborrecen. (61)

Y Tú, oculto y silencioso, mudo a los ultrajes, perdonas, (62) y te adelantas siempre al cariño de las almas que te buscan amándote.

Caridad, sublime y divina caridad, que te hace obrar el mayor de los prodigios, en favor de un mundo ingrato, nuestra inteligencia se pierde en el abismo de tu incomprensible amor.

¿Cómo hemos de sacrificarnos para reparar tantas ofensas que recibes? ¿Amando? ¡Sí: el sacrificio con amor es el incienso más grato que podemos ofrecerte!

¡Quién tuviera un alma inmensa para amar sufriendo y sufrir amando todas las penas que lastiman tu Corazón, consolándote! ¡Queremos llevar tu cruz y que nos rinda al amor, Señor! Amén.

“No sólo mientras se ofrece el Sacrificio, sino también una vez consumado el Sacramento, mientras se conserva la Eucaristía en los sagrarios, Cristo es el Emmanuel, es decir el Dios con nosotros, lleno de gracia”. (MF 57, Pablo VI)

“La devoción al Sagrado Corazón consiste esencialmente en la adoración y la reparación... sobre todo en el Misterio de la Eucaristía. De ella se obtiene aquella santificación de los hombres en Cristo y aquella glorificación de Dios, a la que tienden las obras de la Iglesia”. (SC 10)

(59) *“Ofrezcan sus cuerpos... tal será su culto espiritual”*. (Rom 12,1)

(60) *“El modo más perfecto de sacrificarse es recibiendo con amor y sólo por amor la voluntad divina, sea cual fuere”*. (C.C. 25,2)

(61) *“Siento una gran tristeza y un dolor continuo en mi corazón porque sesearía ser yo mismo anatema de Cristo por mis hermanos los de mi raza”*. (Rom 9,23)

(62) *“El que al ser insultado, no respondía con insultos, al parecer no amenazaba”*. (1Pe 2,23)

FRÍO

Cuánto desearía que el mundo ya estuviera encendido. (Lc 12,48)

«Hijos míos, muy amados: al penetrar en las almas que no calienta la cruz que tanto amo, siento frío. El fuego que en ellas hallo es sólo aparente, ficticio: no es el santo ardor que produce el Leño de la Cruz con mi

contacto; no es el fuego que Yo vine a traer a la tierra para que ardiese; (63) es como un fuego fatuo que *no me satisface*. El calor que produce la cruz es el que busco, y con él quiero que se incendien los corazones.

Quiero amor encendido que sólo el fuego santo de mi cruz produce: es el único que me calienta y consuela. En las almas en que no hay cruz ni amor a ella, tiritó y en vano ansío por el amoroso fuego que hace germinar el heroísmo en ellas. ¡Su frialdad me aflige!»

«¿Quién pudiera incendiar al mundo entero con la cruz que purificando santifica, y preparar así los corazones a la recepción de tu Sacramento? ¿Quién pudiera hacerlas comprender que el alma abrazada a la cruz, a Ti te abraza; que la que la carga, a Ti te carga; que la que la ama, a Ti te ama?

Mira en estos corazones que forman una amorosa hoguera, siempre hallarás encendido el fuego del Leño santo de la Cruz, lo alimentaremos de día y de noche con la leña de la humildad, de la generosidad y del sacrificio.

Queremos ser humildes para poder ser santos: para morir a nuestra voluntad y a todo propio querer; para que el espíritu domine a la materia. Queremos padecer, porque la vida del cristiano debe ser de luchas, vencimientos y crucifixión. Entonces nuestras almas arderán y despedirán fuego en todas direcciones. Entonces, puros y sacrificados, te recibiremos, Jesús, y con amor te envolveremos en nuestra cruz de cada día. Y no permitiremos que el menor viento venga a enfriar tu morada. Amén.

«El Corazón de Cristo, unido hipostáticamente a la Persona divina del Verbo, debió sin duda palpitar de amor y de todo otro afecto sensible; con todo, estos sentimientos eran tan conformes y tan en armonía con la voluntad humana, rebotante de caridad divina, y con el mismo amor infinito, que el Hijo tiene común con el Padre y el Espíritu Santo, que jamás se interpuso la mínima oposición y discordia entre estos tres amores». (HA 40, Pío XII)

(63) “*Fuego he venido a traer a la tierra*”. (Lc 12,48)

EUCARISTÍA Y CRUZ

“*El que come mi carne... permanece en mí*”. (Jn 6,56)

Voy a depositar en sus corazones, hijos míos, confidencias amorosas en las que deben meditar para que sepan agradecérmelas.

Antes que en la cruz, me di al mundo en la Eucaristía: primero me crucifiqué Yo en ella, con el anonadamiento más profundo y me entregué al hombre místicamente crucificado, antes de permitir mi crucifixión material en el Calvario.

¡EL SACRIFICIO SE ANTICIPA AL AMOR, cuando éste es verdadero! (64) Y Yo pasé mi vida entera en la cruz, sacrificado por el hombre, antes que éste me crucificara ostensiblemente a la vista del mundo; atado por un amor infinito, me enclavé voluntariamente en la Eucaristía antes que en la cruz.

La Eucaristía es su Jesús, pero Jesús crucificado, es mi cruz mística, porque en ella entrego mi Cuerpo y derramo mi Sangre (65) por la salud del hombre; como lo hice realmente en el Calvario, pues crucificado estoy por él en la Eucaristía hace tantos siglos, sin que quiera comprenderlo ni agradecérmelo.

Mi pasión en cierto modo no ha concluido, porque tampoco ha concluido el pecado: y mientras exista el pecado en el hombre, permanecerá mi sacrificio. (66)

Sacrifíquense conmigo, hijos míos, para consolarme. Tengo sed de expiación y pureza, y el mundo sólo me da amargura y sensualidad. ¡Qué pocas almas se acuerdan de que en el tabernáculo estoy como en la cruz, orando y ofreciéndome por ellos para alcanzar su perdón! (67) Amen la cruz en cualquiera forma que se les presente y tengan a honra llevarla como la librea de los servidores de su Rey y Redentor.

¡Imiten mi vida: oren y padezcan, contemplándome siempre en la cruz y en la Eucaristía, porque en ellas está mi vida que anhelo comunicarles en abundancia». (68)

“¡Oh Cruz, oh Eucaristía tan amada: sean siempre nuestras compañeras en nuestro diario alimento!

Tus hijos, Corazón divino, perecerían sin esos dos amores que constituyen su vida. Una *Hostia* consagrada y una Cruz son nuestras más ricas joyas, nuestro único tesoro. ¡Que todo nos falte, Jesús, menos la Eucaristía y tu Cruz en todas las horas e instantes de nuestra vida! Amén”.

“Mediante una intensa participación en el Sacramento del Altar, se honra al Sagrado Corazón, cuyo don más grande es precisamente la Eucaristía”. (IDC 8, Pablo VI)

(64) *“Con ansia he deseado como comer esta Pascua con ustedes antes de padecer”*. (Lc 22,15)

(65) Cf. Lc 22,14-20

(66) *“Jesús posee un sacerdocio perpetuo porque permanece para siempre. De ahí que puede salvar perfectamente a los que por él llegan a Dios, ya que está siempre vivo para interceder en su favor”*. (Heb 7,24-25)

(67) *“Cristo penetró en el mismo cielo, para presentarse ahora ante el acatamiento de Dios a favor nuestro”*. (Heb 9,24)

(68) *“Yo he venido para que tengan vida y la tengan en abundancia”*. (Jn 10,10)

CRUZ-EUCARISTÍA

“Vengan a Mí los que están fatigados y agobiados, y Yo los aliviaré”. (Mt 11,29)

“En el Calvario, hijos míos, a la faz del mundo me dejé ver crucificado; y crucificado estoy también en la Eucaristía, aunque me oculto bajo el velo de las especies sacramentales; mi pasión interna subsiste místicamente, porque subsisten las ingratitudes y los pecados de los hombres que son su causa. (69)

Al darme a las almas en la comunión ¡en qué pocas descanso! cuán contadas son las que me quitan la cruz de mis penas! ¡La mayor parte de las veces continúa mi pasión porque me interno en corazones manchados y, lo que más me duele, **ingratos!** Estudien, hijos míos, en la Eucaristía mi vida oculta, y en la cruz mi vida práctica, que su destino es imitarlas”.

“Pero ¿cómo, Señor?”

Imitándome, (70) sacrificándose siempre y en todas las circunstancias, sometidos a la divina voluntad. Claven su pensamiento y su corazón en la Eucaristía y en la cruz: en estos dos polos debe girar su vida entera con sus aspiraciones constantes, sus celestiales amores. Ahí está la fuente de las virtudes espirituales perfectas en su más alto grado, virtudes que deben informar a todo su ser. (71) En la Eucaristía hallarán la generosidad, la paciencia, la caridad, la mortificación, la obediencia, la humildad y pureza, pobreza, abnegación con otras mil y mil virtudes que constituyen la vida de cruz, preludio de la celestial.

En la Cruz y en la Eucaristía está la escuela de los santos: en la Cruz se estudia y en la Eucaristía se aprende, en aquélla se padece y en ésta se ama, la primera prueba y la segunda premia; la una purifica y la otra santifica; allá se aparta el alma de la tierra y acá se acerca al cielo; ahí muere a sí misma para resucitar y vivir aquí. (72) ¡Oh hijos míos, de tal manera unidas están la Eucaristía y la Cruz, que nada puede separarlas!

Yo mismo soy el que me sacrifico aquí místicamente, en todos los momentos. ¡La Sangre del Calvario es la del altar, y el Cuerpo ofrecido como víctima en la cruz es la oblación del sacrificio eucarístico. (73) ¡Amen y sufran! No se aparten de la Cruz: mas tampoco de la Eucaristía, que quien vive de estas dos vidas, del **amor** y del **dolor**; será santo. Yo quiero que entiendan profundamente las riquezas del dolor, del sacrificio paciente, del holocausto vivo, de la inmolación voluntaria, es decir, los tesoros de la cruz. Pero también deben recordar constantemente que la fuente de la fortaleza, del amor infinito, está en la Eucaristía que es la manifestación más grande de la ternura de un Dios todo amor. Amén.

«Jesús antes de celebrar la Última Cena con sus discípulos, al pensar que iba a instituir el Sacramento de su Cuerpo y de su Sangre... sintió su Corazón agitado de intensa conmoción, que manifestó: *“Ardientemente he deseado comer este cordero Pascual con ustedes antes de mi partida”*». (HA 35, S.S. Pío XII)

«En la glorificación del Hijo de Dios sigue estando presente la cruz, en la cual el Hombre-Hijo que sufrió en ella la muerte, habla y no cesa nunca de decir que Dios-Padre es absolutamente fiel a su eterno amor por el hombre... creer en el Hijo crucificado significa "ver al Padre", significa creer que el Amor está presente en el mundo». (DM 7, Juan Pablo II)

(69) *“¿También ustedes quieren marcharse”*. (Jn 6,67)

(70) *“Tengan entre ustedes los mismos sentimientos que tuvo Cristo”*. (Flp 2,5)

(71) *“Revístanse del Amor”*. (Col 3,12.15)

(72) *“Él nos libró del poder de las tinieblas y nos trasladó al reino del Hijo de su amor”*. Col 1,13)

(73) *“la oblación manifestada una sola vez... en la plenitud de los tiempos”*. (Heb 9,2)

SOLO...

“Los discípulos le abandonaron todos y huyeron”. (Mt 26,56)

«Hijos míos: mi Corazón mora en la soledad en medio del mundo: mis oídos perciben el rumor de sus pasos que se pierden en la distancia y nadie, o muy pocos son los que vienen a saludarme, a calmar el fuego de amor que me devora, a recibir mis gracias, a consolar mi soledad. (74)

Corren las almas a su perdición precipitadas por la fiebre de vanidades y de placeres, y se alejan de Mí que soy el único que puedo hacerlas felices, y esto me parte el corazón. (75) Tengo hambre de compañía, de consuelo, de ser recibido. ¿A dónde me encaminaré para conseguirlo? A ustedes, a los pocos que suspiran por mi tabernáculo, por mi compañía, por compartir mi vida eucarística. ¿En qué parte depositaré mis quejas si no es en sus corazones alejados del mundo frívolo y sensual, en los que resuena mi voz, cuyo eco dulcísimo saben escuchar?» (76)

«Nada valemos, Señor; pero es cierto que anhelamos con ardor tu compañía, que no queremos dejarte solo y que soñamos en el instante feliz del calor de tu Sagrario. Si el mundo supiera y saboreara las celestiales delicias encerradas en la soledad del tabernáculo. Si entendieran las almas lo que es consolarte, Señor, enjugar tus lágrimas con el corazón y crucificarse por Ti. ¡Si experimentaran lo que es *amar* al que es *amor*; que jamás se deja ganar en generosidad y ternura (77) Si descorriéndose el velo que te cubre te contemplaran sonriente, con los brazos abiertos, con el Corazón devorado por el fuego amoroso y, en aquella oscuridad esparciendo luz, ¡ah, Jesús, ¿qué dirían?

Esa dicha tenemos, sin merecerla, los que venimos aquí a rendirte el homenaje de nuestra adoración consoladora, los que te amamos porque felizmente creemos en Ti. Pero no queremos ser egoístas, Señor: en nuestros pechos arde celo devorador de verte amado y quisiéramos, con toda nuestra vida, alcanzar de tu bondad para el mundo entero, la gracia de que le consuma *un hambre de Eucaristía* que te glorifique eternamente.

Si nos parece imposible que los hombres puedan pensar en otra cosa que no sea *amarte* y sólo *amarte*. Se nos abraza el corazón de ansias de darte gloria en tu Sacramento Eucarístico.

Jesús, concédenos que nos consuma el amor intenso a la sagrada Eucaristía para que tus favores se multipliquen y tus templos rebosen de adoradores; (78) que jamás estés solo sino rodeado de miles y millones de hijos amantes y crucificados. Entre tanto, los que ahora circundamos tu altar, te prometemos no olvidarte y acudir cuantas veces nos sea posible a implorar tus piedades, a consolarte con nuestros sacrificios. Amén.

«... antes de poner fin a la jornada de trabajo, acérquense al Sagrario, y allí deténgase al menos unos momentos para adorar a Jesús... para encenderse cada día en el amor divino, en fin, para permanecer presente en el Sagrado Corazón. (MN 5, Pío XII)

«El culto a la Eucaristía es tributado a la Trinidad: Padre, Hijo y Espíritu Santo. Acompaña y se enraiza ante todo en la celebración de la liturgia eucarística. Pero debe así mismo llenar nuestros templos, incluso fuera del horario de las Misas... ya que el Misterio Eucarístico ha sido instituido por amor y nos hace presente sacramentalmente a Cristo. Por eso es digno de acción de gracias y de culto». (DC 3, Juan Pablo II)

(74) *“Vino a los discípulos y los encontró dormidos”.* (Lc 22,45)

(75) *“Vengan a mí todos los cansados y agobiados... yo los aliviaré”.* (Mt 11,28)

(76) *“Mi alma está triste hasta morir”.* (Mc 14,34)

(77) *“Me amó y se entregó por mí”.* (Gal 2,20)

(78) *“Los verdaderos adoradores adorarán al Padre en espíritu y en verdad”.* (Jn 4,23)

AMOR

“Yo los aliviaré”. (Mt 11,28-30)

¿Qué haríamos sin ti, ¡oh Jesús Eucaristía!, sino desfallecer y morir? Nosotros hemos creído que tú eres el Hijo de Dios. (79)

Oh Corazón Eucarístico, tú eres el compendio de todos nuestros amores, vida, gloria, dicha única, el cielo en la tierra. El sabor de tu Cuerpo entregado y de tu Sangre derramada me embriaga, arranca a mi alma de la tierra y la hace lanzarse a vivir la caridad en todas sus formas.

Yo acepto, Señor, toda una vida de trabajo y de cruz, con tal que no me falte cada día la comunión con tu Cuerpo sacrosanto, ya sacramental, ya espiritualmente; que mientras conserve un átomo de vida tendrá fuerzas mi espíritu para atraerte a mi corazón que ¡él vive de tu fuego, de tu propia vida!

Yo no envidio a los ángeles, pues tan cerca, tan íntimamente como ellos me uno a Ti, por medio de la Comunión, Jesús Eucaristía. Ellos te ven cara a cara, y mi espíritu traspasa este misterio rompiendo el velo de las especies sacramentales y te siento, te veo, te abrazo, te estrecho en la fe y como tu Cuerpo, Jesús, gusto de la herida de tu costado toda tu Sangre. TODA, para apagar la sed que me devora de poseerte y que me poseas. (80)

El conjunto de grandeza, de bondad, de la ternura de tu amor por el hombre me arrebata, me enloquece y quiero darlo a conocer para que otros también lo amen. Por un ápice más de gloria que pudiera darte, Jesús; padecería mil y mil trabajos sin vacilar, porque te amo, sólo porque te amo, sí. Que mi amor a ti, Corazón Eucarístico adorado, es más fuerte que la muerte; es del tamaño de mi Jesús, por quien mi alma lo siente.

¿Qué haré, pues, para más amar; para más padecer; por el Amado de mi alma?

Me parece demasiado corta la vida para ofrecerla a Jesús como holocausto en favor de los sacerdotes y de su Iglesia para su mayor gloria. ¡Yo quiero cruz para acompañar dignamente a mi Amor en el Sacramento en que tanto es despreciado. Amén.

«Hay otras prácticas que aunque en rigor de derecho no pertenecen a la sagrada Liturgia, tienen, sin embargo, especial importancia... y en cierto sentido se tienen por insertas en el ordenamiento litúrgico... entre ellas las preces... que durante el mes de junio se dedican al Sagrado Corazón». (MD 108, Pío XII)

«La adoración a Cristo en este Sacramento de amor debe encontrar expresión en diversas formas de devoción:... plegarias personales ante el Santísimo, horas de adoración, exposiciones breves o prolongadas... bendiciones, procesiones, congresos, la solemnidad del Corpus Christi...» (DC 3, Juan Pablo II).

(79) “¿A quién iremos? Tú solo tienes palabras de vida eterna”. (Jn 6,68)

(80) “sed de ti tiene mi alma... cual tierra seca”. (Sal 62,1)

CORAZÓN

“Hemos conocido el amor que Dios nos tiene”. (Jn 4,16)

La Cruz del Apostolado es un tesoro, lleva en su centro la perla de las perlas: EL CORAZÓN DE JESÚS. En ella contemplamos al Corazón de amor (81) no figurado, sino vivo, palpitante: Corazón glorificado del que trasciende el perfume de la vida y su calor. Rodeado de fuego material, movable, está como dentro de una hoguera; y a pesar de esto vemos en su parte superior elevarse otras llamas más vivas, más ardientes, que le brotan de lo íntimo y distintas del fuego que le rodea. Estas llamas ascienden a lo alto como arrojadas por un volcán con movimiento veloz, envolviendo y descubriendo en partes la pequeña cruz que aparece plantada en el centro del divino Corazón. Le circundan, además, luminosas rayos que no se confunden con las llamas, sino que aparecen en el fondo, como una sombra de luz, formando un disco o aureola brillantísima.

Qué Corazón más hermoso. Su presencia en el centro de la Cruz nos dice de Quién es. ¿Y de Quién ha de ser, si no es el de Jesús?

¿Está clavado en la Cruz? ¿Y con qué? Ahí no hay clavos; sólo fuego ¿Quién entonces, le clavó ahí? EL AMOR: el amor para conquistarnos, para enternecernos, para enamorarnos del sacrificio. (82)

¿Por quién está ahí, y no de ahora sino desde el momento de la Encarnación? Por nosotros, esperando que llegara el día que sus penas nos atrajeran a Él para ser suyos. Y ¿por qué desde entonces padeció el divino Corazón? Para alcanzarnos gracias y el cielo, con sus dolores.

Hay que advertir que en la Cruz del Apostolado, aunque aparezca sólo el Corazón, ahí está Jesús que no puede separarse ni de su Corazón ni de su cruz.

Quiere Jesús transformar a las almas en SU MISMO CORAZÓN por eso hoy les presenta este MODELO, que no es su Cuerpo enclavado en la cruz, sino el propio Corazón que es más, muchísimo más. ¿Estamos dispuestos a imitarle en esta crucifixión?

«Sí, Amor de nuestros amores. Queremos ser fieles imágenes de la Cruz, de tu Corazón de luz y de fuego; queremos disponernos hoy, y mañana, y siempre, con multiplicados actos de virtudes, para entrar por su anchurosa herida a las regiones internas del dolor!

¿Qué nos pides, Jesús?»

“Muchos actos de contrición, de humildad, de sacrificio”. Amén.

«En el culto al Divino Corazón, ¿no es verdad que se contiene la suma de toda la religión y con ella conduce los ánimos a conocer íntimamente a Cristo, Señor Nuestro y los impulsa a amarlo más vehementemente, y a imitarlo con más eficacia?». (MR 3, Pío XII)

“Jesús llama a sus discípulos a "tomar su cruz y seguirle" (Mt 16,24) porque Él "sufrió por nosotros dejándonos ejemplo para que sigamos sus huellas" (IPe 2,21). Él quiere, en efecto, asociar a su sacrificio redentor a aquellos mismos que son sus primeros beneficiarios”. (CDC 618)

(81) *“para que el amor con que Tú me has amado esté en ellos”*. (Jn 17,26)

(82) *“Si Dios nos amó de esta manera también nosotros debemos amarnos unos a otros”*. (1Jn 4,10)

(83) *“para que el amor con que Tú me has amado esté en ellos y Yo en ellos”*. (Jn 17,26)

(84) *“Ustedes son la luz del mundo”*. (Mt 5,4)

CRUCECITA... FUEGO

«Que el amor con que tú me has amado esté en ellos, y yo en ellos». (Jn 17,26)

“También la Cruz incendia mi Corazón, traspasado por la lanza, con el fuego de la caridad que contiene y le hace estallar por la parte superior. Esas llamas queman y vivifican a la vez; son las que infunden la doble vida, vida verdadera de amor y dolor, de gracias y sacrificios.

De suerte que, el fuego más ardoroso no es el que alrededor de mi Corazón le circunda, sino el que le hace reventar por encima, (85) producido por la Cruz interna que me martirizó toda mi vida: cruz formada por el más fino dolor con que me atormentaba la ingratitud *de los míos*. (86) Este fuego es el que abrasa, incendia y hace arder a las almas que le tocan solamente. ¿Qué no hará con las que moran dentro de la cruz interna que lo produce? ¿Podrán ser frías en ningún tiempo y ocasión? ¿Frías dentro del horno de celestial incendio? ¿Frías cuando saben vencer, sufrir y martirizarse? Oh no, la cruz es el combustible para inflamar el alma en el divino amor, y en ellas reina la cruz, que es el dolor en todas sus formas”.

«Los pecados del mundo, las ingratitudes humanas y la perdición de tantas almas forman, Jesús divino, la cruz de todos nuestros corazones; es la pena de nuestras penas el verte ofendido y despreciado; y sumergidos en el dolor, devorados por el fuego que nos consume por tu mayor gloria, levantamos muy alto nuestras voces de noche y de día te pedimos: ¡Jesús, Salvador de los hombres, *sálvalos, sálvalos!* Está cruz interna de nuestros pechos, es la misma tuya, Jesús, con tus mismos amores, con tus mismos dolores.

Tú, Jesús, nos dices que la herida visible de tu Corazón fue causada por la mano del hombre; (87) pero que otra invisible, la que le hizo estallar, la que nos reveló el incendio devorador que te consume, la produjo la mano divina de tu amor. (88) La una se desbordó en gracias; la otra en fuego intensísimo, en lumbre de cruz, en amor y en dolor. La herida exterior, de la que manan dulcemente la sangre y el agua, nos dio con qué lavar y purificar lo manchado; pero la otra, la interna, la que hace brotar hacia arriba las ardientes llamas de tus amores y de tus dolores, (89) como la erupción del volcán más poderoso, levanta su fuego a lo alto en busca de la unión con el Espíritu Santo. La sangre y el agua *bajaron* a la tierra: tu fuego nos *eleva* al cielo.

Entremos, pues, hoy, por la primera herida, limpios y sin mancha para que, menos indignos de penetrar hasta la cruz interna plantada dentro de aquel mar hirviente de dolor, nos unamos a ese santo Leño para arder también y sentir la explosión divina del infinito amor del Corazón de Jesús. Amén”. (90)

«Cuando el divino Redentor pendía de la Cruz, sintió arder su Corazón con los más varios y vehementes afectos de amor ardentísimo, de consternación, de deseo encendido, de paz serena, afectos claramente manifestados por sus Palabras». (HA 34, Pío XII; citado por Juan Pablo II)

(85) *“He venido a echar fuego a la tierra... y como me angustio mientras llega...”*. (Lc 12,49-50)

(86) *“Han cegado sus ojos y han endurecido su corazón, pues no quieren ver con sus ojos, ni comprender con su corazón, para que se conviertan y Yo los sane.. y todo esto es porque preferían la gloria de los hombres a la gloria de Dios”*. (Jn 12, 40-43)

(87) *“Uno de los soldados le atravesó el costado con una lanza”*. (Jn 19,43)

(88) *“Y por ellos me consagro a mi mismo para que ellos también sean consagrados en la verdad”*. (Jn 17,19)

(89) *“Yo he venido para que tengan vida y la tengan en abundancia”*. Jn 10,10) *“Y ustedes no quieren venir a mi para tener vida”*. (Jn 5,40)

(90) *“que el Padre les conceda según la riqueza de su gloria que sean fortalecidos por la acción del Espíritu para que arraigados y cimentados en el amor puedan comprender... la anchura y la longitud, la altura y la profundidad y conocer el amor de Cristo que excede a todo conocimiento”*. (Ef 3,16-19)

LANZA-CRUZ

“..Si alguno tiene sed, que venga a Mí y beba”. (Jn 7,37)

Al traspasar la lanza mi Corazón, diré para que me entiendan, rompió también la cruz interna que penetraba hasta el fondo de él; y la sangre y el agua que brotaron fueron: la una, sangre de aquella cruz que formaban las ingratitudes; y la otra, agua de aquel mar del Espíritu que le invade hasta lo más profundo. Por eso la sangre de la cruz da la vida y el agua de ese mar, lava y purifica a las almas. Mar de ingratitud convertido en fuente de gracias infinitas. (91)

La cruz está plantada dentro de ese mar de mi Corazón: es un árbol cuya savia y cuyo riego son el amor y el dolor. ¿Quieren penetrar hasta ella? Sí; entren. Entren, que para ustedes principalmente está abierta (92) la herida de mi Corazón. Suban por la cruz y en sus brazos, como blancas palomas formen sus nidos, nidos de amores que allá muy ocultos y lejos de todo ruido mundanal, les permitan vivir en ella. (93) Mi cruz interna no la conoce el mundo, pero ustedes deben llegar hasta el fondo en que está plantada. ¿Qué importa que se hundan en el mar de mil sacrificios si ahí tienen mi cruz para asirse de ella? ¿Qué vale quemarse en ese horno ardiente, si al fin de él hallarán la puerta (94) y podrán volar por su centro hasta unirse al Espíritu Santo? Apresúrense, hijos míos. En mi cruz hay miles de nidos que están vacíos porque no hay en el mundo quien se crucifique ni quien voluntariamente se deje purificar; no hay quien por puro amor se arroje al mar sin fondo de la divina voluntad para ahogar la propia. Por eso los tesoros que encierra mi Corazón son ignorados, y poquísimas son las almas que lo conocen.

Ya saben que la herida de mi costado conduce a la de mi Corazón; y ésta, a la cruz en que el alma se desprende de toda escoria y se prepara a una unión muy subida con el Espíritu Santo.

Guárdanos junto a ti, Jesús adorado, que vamos a limpiarnos con empeño, a adornarnos de virtudes, a procurar *concluir* con nuestro orgullo, a practicar la vida interior, a vivir de tu voluntad, a sacrificarnos continuamente para hacernos dignos de ir a ocupar ese sitio que nos ofreces dentro de la cruz de tu Corazón. En ella, Jesús, escondidos y olvidados pasaremos por el crisol que tú quieras, muriendo al mundo y a nosotros mismos para resucitar en el Espíritu Santo. Amén.

«La infusión de la caridad divina brotó del Corazón de nuestro Salvador en el cual están encerrados todos los tesoros de la sabiduría y de la ciencia. Esta caridad es don del Corazón de Jesús y del Espíritu Santo... Brota del Corazón del Verbo Encarnado y se difunde por obra del Espíritu Santo en las almas de los creyentes». (HA 41.42, Pío XII)

(91) *“Yo les digo: amen a sus enemigos y rueguen por los que los persiguen para que sean hijos de su Padre celestial”*. (Mt 5,44)

(92) *“El que entre por Mí se salvará”*. (Jn 10,9)

(93) *“En la casa de mi Padre hay muchas moradas”*. (Jn 14,2)

(94) *“En verdad les digo yo soy la puerta de las ovejas”*. (Jn 10,7)

HERIDA

“Uno de los soldados le atravesó el costado con la lanza”. (Jn 19,34)

“De la herida de mi Corazón divino, traspasado por una lanza que blandió un brazo humano, brotaron en vez de *venganza* por tan horrible audacia, *gracias y sacramentos* para las almas. Tanta es mi caridad, que así corresponde a las ingratitudes de los hombres.

De esa herida sólo brota el jugo de mi Corazón, que es el amor: y amor en Mí es caridad, vida espiritual, agua que purifica y sangre santificante que engendra la *pureza*. (95) La Iglesia brotó de mi Corazón, exprimido

por el peso de las ingratitudes humanas, con ese jugo la formé. Por eso es bella y destila pureza, por eso su vida es el amor, el dolor y la pureza que brotaron de mi costado es lo que fecunda las almas y las vidas. (96)

El agua y la sangre brotaron de mi Corazón divino ardientes, no frías. Con la cruz interna que le traspasa, se calienta aquel mar inmenso; y al derramarse en gracias por la herida de mi costado, éstas van envueltas en un fuego santo que, al purificar, hace crecer la caridad. Esa agua y esa sangre hirvientes limpian, por donde corren, toda escoria; arrancan toda concupiscencia del alma». (97)

«Cómo se anonadan nuestras almas y desaparecen bajo el peso de tamañas bondades. Decir que del jugo de tu Corazón, es decir de lo más íntimo, de las fibras más delicadas, *del centro del foco mismo del amor* nacimos los hijos que formamos tu Iglesia. Esto es una gracia tan pura, tan delicada, tan grande, sólo digna de su purísimo Fundador. Qué hermosa eres, Iglesia de Dios.

¡Iglesia Santa, Religión divina, qué poco se te ama y cuánto menos se te comprende!

¿Qué te diremos, Señor, si no tenemos palabras para expresar lo que sentimos? ¡Callen nuestras lenguas mudas de gratitud y que te hablen nuestros corazones que sólo a ti te aman! Amén».

«La Iglesia ha nacido principalmente del don total de Cristo por nuestra salvación, anticipado en la Institución de la Eucaristía y realizado en la cruz. "El agua y la Sangre que brotaron del costado abierto de Jesús crucificado son signo de este comienzo y crecimiento" (LG 4) "Pues del costado de Cristo dormido en la cruz nació el sacramento admirable de toda la Iglesia". (SC 5) (CIgC 766)

(95) “...*al instante brotó sangre y agua*”. (Jn 19,34)

(96) “*Sacarán agua con gozo de los bontanares de la salvación*”. (Is 12,4)

(97) “*ahí donde penetra esta agua todo lo sana*”. (Ez 47,9)

ESPINAS

«*Los soldados trenzaron una corona de espinas*». (Jn 19,2)

«Mira, hijo mío, contempla en mi Corazón la corona de agudísimas espinas que le oprime, que le penetra punzándolo. Estas espinas, que le llegan a lo más hondo, cada ingratitud de las almas que me pertenecen, las hunde en él como de golpe y lo hacen sangrar abundantemente. ¿Qué sientes, hijo de mi Corazón, al contemplar este espectáculo? Atiende que la parte más noble y delicada, más tierna dolorosa de tu Jesús, es su Corazón.

Mira que te lo presenta hoy y te dice: ¿Lo amas? Pues arranca de él con tus sacrificios (98) las espinas con que la ingratitud le hiere. ¿Lo amas? Restaña la sangre de sus heridas con tu pureza. (99) ¿Lo amas? No dejes que las espinas se le claven; detenlas con tu ternura, con tus dolores, con tus lágrimas de amor». (100)

«Jesús, todo eso haré y aún más, mucho más. No sólo te arrancaré una a una los millones de espinas de que está *cuajado* tu Corazón deífico, sino que todas, sin dejarte una sola, las clavaré en el mío, aunque padeciendo, agonice y muera. Oh feliz muerte si con ella alivio las penas de mi Amado.

No sólo restañaré la sangre que las espinas hacen correr sin cesar, con mi pureza, sino también con mi contrición, con todas las virtudes, con mi propio corazón.

Esas ingratitudes con que te herimos los hombres culpables, las almas infieles que no correspondemos a tus favores, tus sacerdotes tibios.. las borraré con mis horas continuas de expiación que a la manera de una *cadena de oro* llena de piedras preciosas, me sujetarán a la obediencia, la humildad y la pobreza más perfectas.

Pero ¿cómo quitarte, Jesús, la corona de espinas que ciñe tu Corazón de fuego?

¡Mi Jesús, ya lo sé! Nosotros mismos tus hijos reemplazaremos las espinas, no para punzarte ni para atormentarte causándote dolor, sino para acompañarte, y curar tus heridas.

Feliz ocupación, dichosa suerte la de tus hijos que se consagren a consolarte.» Amén.

Si lo primero y principal de la consagración (al Sagrado Corazón) es que al amor del Creador responda el amor de la creatura, síguese espontáneamente otro: el de compensar las injurias de algún modo inferidas al Amor increado, si fue desdeñado con el olvido o ultrajado por la ofensa”. (MR 5, Pío XII, citado por Juan Pablo II)

«El Redentor ha sufrido en vez del hombre y por el hombre... Cristo ha elevado juntamente el sufrimiento humano a nivel de redención. Consiguientemente todo hombre, en su sufrimiento, puede hacerse también partícipe del sufrimiento redentor de Cristo». (SD 19, Juan Pablo II).

(98) “*mortifíquense sus miembros terrenos*”. (Col 3,5)

(99) “*No entristezcan el Espíritu Santo de Dios...*”. (Ef 4,30)

(100) “*El amor cubre multitud de pecados*”. (1Pe 4,8)

RAMIFICACIONES

«*Grandes aguas no pueden apagar el amor*». (Ct 8,7)

El Corazón de Jesús, todo fuego, que arde entre movibles llamas de celestial incendio, se ve enrojecido: aparecen en superficie unas gruesas ramificaciones inflamadas, sin duda, por la lumbre interior que le devora. Qué doloridas deben estar estas venas que ni revientan ni se rompen porque las detiene una corona de crueles espinas.

Todo el Corazón de nuestro Amado es fuego, es amor, es dolor. El sólo contemplarle duele: parece que en él no hay un solo punto sin dolor, y así es. No descansa ese Corazón encendido en fuego a millones de grados de calor, porque es infinito: pues humanamente no podría ni palpar ni vivir sin derretirse.

El *amor* y el *dolor* causan a la vez su *muerte y su vida*: ambos martirios le consumen sin consumirle.

Cómo deben enamorarnos esas ramificaciones en las que corren en lugar de sangre, intenso fuego. Y ese fuego lo produce la cruz interna que, plantada en el centro del Corazón divino, incendia esas preciosas venas que se exprimen para darnos vida.

«¿Por qué, entonces nosotros que diariamente nos alimentamos con tu Corazón de fuego, horno encendido, hoguera inmensa, volcán de amor, permanecemos tibios, si no helados y hasta insensibles? ¿Por qué no ardemos, Jesús, y nos derretimos al recibirte? ¿En qué consiste que permanezcamos tan duros como el granito? ¿Cómo no estamos ya, hechos cenizas, al estrechar contra nuestros corazones el fuego vivo?

Sin duda porque no amamos, porque no meditamos, porque no nos preparamos debidamente a recibir gracia tan eminente. (101) Pero ya no será así, Señor. Afuera ruido de pasiones y de amor propio, y ven tú, Jesús; Tú solo con tu Corazón ardoroso a incendiarnos con tu amor. Ya queremos vivir sólo de tu vida de víctima y dóciles a tu voluntad, para que así, encendidos y abrasados, podamos correr por los caminos del sufrimiento. Queremos purificar nuestros corazones de todos los afectos terrenos para que encarnado en ellos el tuyo, seamos un solo corazón contigo. Entonces sí que nos quemaremos en el mismo fuego que Tú y padeceremos por la misma causa. Nuestro amor será uno mismo, y nuestro dolor el dolor que por las almas te consume. Concédenos hoy esta gracia que te pedimos por María, la imagen más fiel de tu fuego, de tus amores y de tus dolores. Amén».

«El sufrimiento humano ha alcanzado su culmen en la Pasión de Cristo. Y ha entrado así a una dimensión completamente nueva, en un orden nuevo: ha sido unida al amor, a aquel amor que crea el bien, sacándolo incluso del mal, sacándolo por medio del sufrimiento.

El bien supremo de la Redención del mundo ha sido sacado de la Cruz de Cristo que se ha convertido en una fuente de la que brotan ríos de agua viva». (SD 18, Juan Pablo II)

(101) “*Examínese... y coma entonces del pan y beba del cáliz*”. (1Cor 11,28)

LLAMAS

“*La zarza estaba ardiendo, pero no se consumía*”. (Ex 3,2)

Las llamas que rodean mi Corazón significan el dulce amor de comunicación. Por eso se extienden, como buscando almas para abrasarlas comunicándome con ellas. Las otras que brotan de la que llamaré horadación hecha por la cruz y que aparecen en su centro envolviéndola, las produce mi dolor íntimo y significa el amor de unión. (102)

La unión tiende a lo más alto sin detenerse en los alrededores, y por esto esas llamas suben. (103) Mas este amor de unión se alcanza por el sacrificio y el dolor, o sea la cruz.

Son distintos los dos fuegos que salen de mi Corazón; y ambos brotan de Él, que todo es fuego de amor doloroso».

¿Por qué, Señor, no brotó de la herida de tu costado también fuego, sino sangre y agua?». (104)

«También la sangre y el agua son fuego envuelto en gracias innumerables. Estas gracias que manan de mi Corazón son los sacramentos llenos de fuego del amor de un Dios.

Otro fuego existe en mi Corazón que no es del amor, aunque de él proceda: es el del dolor. Es el fuego interno de las desolaciones, y lo santifiqué gustando de él, para provecho de ciertas almas escogidas. El alma que posee siquiera una chispa del fuego interno de mi dolor, es feliz; y digo que es feliz porque imprescindiblemente tiende con él a la *unión* más íntima que conmigo puede existir, *a la unión en el sacrificio*. (105) Esa alma no se detiene en las dulzuras sensibles del fuego amoroso de la comunicación, sino que por la cruz, por el dolor que purifica, sube a la más alta unión, pero sube empapada en las intenciones sacerdotales de mi Corazón.

Porque el mundo se congelaba, mi Corazón para calentarle aparece rodeado de llamas: quiere despertarle de su letargo con la atracción de mi amor.

Muchas almas de las a Mí consagradas se han estancado en la frialdad o en la tibieza, alucinadas por los fuegos fatuos de sensibles consolaciones, y hoy les presento mi Corazón lleno de fuego de cruz, de fuego de dolor para sacarlas de su engaño, para desvanecer su error. Yo no quiero almas que *florezcan* esparciendo sólo aroma del amor, sino que *fructifiquen* (106) para mi gloria consumidas en las llamas del dolor. (107)

Hijos muy amados, ardan con el fuego de la comunicación, pero pasen por la inmolación voluntaria a arder también en el fuego inmenso del dolor que los llevará a la eterna unión con el Espíritu Santo. Amén.

“El Sagrado Corazón, hoguera ardiente de caridad, es símbolo e imagen expresiva de aquel amor con el que “Dios ha amado de tal suerte al mundo hasta el punto de darle a su Hijo Unigénito”. (IDC 7, Pablo VI)

«La parábola... permite comprender el misterio de la misericordia como un drama profundo entre el amor del Padre y el pecado de cada uno de sus hijos... toca indirectamente toda clase de rupturas de la alianza de amor, toda pérdida de la gracia, todo pecado...

La analogía se desplaza hacia el interior del hombre, el drama de la dignidad perdida, la conciencia filial echada a perder...». (DM 5, Juan Pablo II)

(105) “*Con Cristo estoy crucificado y, vivo, pero no soy yo, sino que es Cristo quien vive en mí*”. (Gal 2,20)

(106) “*La gloria de mi Padre está en que den mucho fruto*”. (Jn 15,8)

(107) “*...y todo el que da fruto lo poda, para que de más*”. (Jn 15,2)

MORADA

“*En la casa de mi Padre hay muchas moradas*”. (Jn 14,2)

Mi Corazón necesariamente tiene que estar dentro de mí, y mis hijos predilectos, si quieren ser de mi Corazón, deben morar también en Mí. (108) Pero Yo no introduzco a nadie en mi interior si antes no me estudia y en lo exterior me imita, crucificándose. Éste es, por decirlo así, el primer grado de la vida de mis verdaderos hijos: asimilarse a él en el trabajo, la modestia, el dolor, la obediencia, la humildad y en otras muchas virtudes. (109)

También por la herida de mi costado penetran las almas dentro de Mí y realmente felices recorren mi interior deteniéndose en mis llagas y, comprendiendo mi amor al mundo, aspiran el perfume de la santidad divina. Éste es como un segundo grado en el que comienzan las almas a enamorarse de Mí y a practicar otra serie de virtudes ocultas como el recogimiento, el silencio, la soledad. Pero existe otro tercer grado para las almas que totalmente se me entregan. (110)

A éstas las llevo al fondo de mi Corazón para sumergirlas, primero, en el mar que en él existe. (112) Este mar es de SANGRE que hacen derramar las espinas que le ciñen; es decir, la ingratitud de los hombres. Ahí se empapan estas almas escogidas sintiendo doblemente tanto mis dolores físicos, como los internos, pero se lavan ENSANGRENTÁNDOSE. Y cuando han sido ya traspasadas con mi lanza, punzadas con sus espinas, acibaradas con mi propia amargura, ascienden entonces a la cruz interior y oculta en que reside la esencia del DOLOR DE MI CORAZÓN.

Dichosas las almas que vivan y mueran dentro de la cruz interna que traspasa mi Corazón. Felices las que alcancen este tercer grado. Éste es el camino que tienen que recorrer, hijos de mi amor; ésta es la morada que el Esposo celestial les tiene preparada a los que profesan la religión del dolor de mis dolores.

¿En cuál grado están? ¿Llenan el fin a que les obliga mi amor al traerlos a mi altar, al admitirlos a mi trato íntimo, (113) al retirarlos de las comodidades del mundo, invitándolos a la crucifixión más pura y santa dentro de mi Corazón?

Cuando las almas alcanzan esa inmensa gracia, (114) cuando conocen mis dolores internos y los aprecian en lo que valen, cuando los latidos de su corazón son míos y la unión de nuestras voluntades es perfecta, entonces gustan de las dulzuras de la cruz y, por más empapadas que estén de su amargura, la sienten suave a pesar de su asperidad, y preciosa porque el dolor llega a ser su delicia. (115)

«Jesús de nuestras almas, ¿qué te diremos? Que nos des ya ese tercer grado divino para hacer nuestra morada en el interior de la cruz, amadísima de tu Corazón: ahí está nuestra felicidad, la paz y la verdadera dicha que sólo produce el dolor. Amén».

«En las páginas del Evangelio tendremos la luz con la cual iluminados y fortalecidos podremos adentrarnos en el sagrario de este divino Corazón». (HA 32, Pío XII)

«Conoce el Corazón de Dios en las palabras de Dios, para que con más ardor suspires por las cosas eternas». (San Gregorio Magno, citado en HA 33, Pío XII)

(108) *“Permanezcan en mí como yo en ustedes”*. (Jn 15,4)

(109) *“Despójense del hombre viejo... revístanse del hombre nuevo, creado según Dios, en la justicia y la verdad de la santidad”*. (Ef 4,22-24)

(110) *“Vivan como hijos de la luz, pues el fruto de la luz es toda bondad, justicia y verdad...”*. (Ef 5,8-9)

(111) *“Vivan en el amor como Cristo los amó y se entregó por nosotros como oblación y víctima de suave aroma”*. (Ef 5,2)

(112) *“Me ha llevado a la bodega y su pendón que enarbola sobre mí es amor”*. (Ct 2,4)

(113) *“Quédense aquí y velen conmigo”*. (Mc 14,34)

(114) *“A ustedes se les ha concedido la gracia de que por Cristo... no sólo que crean en él, sino también que padezcan por él”*. (Flp 1,29)

(115) *“Alégrense y regocígense porque su recompensa será grande en los cielos”*. (Mt 5,12)

SUBLIME FIN

“Sufrimos con él para ser glorificados con él”. (Rom 8,17)

Las almas consagradas a mi Corazón están destinadas a un fin muy alto: a coronar en el cielo este Corazón quitándole en la tierra las espinas que le punzan. En la eternidad se mostrará mi Corazón coronado de estas cruces vivas, es decir de almas que me consolaron con sus dolores.

Las almas que me pertenecen son cruces vivas; *cada cruz viva perfecta* ha sido predestinada a consolarme. Debe arrancar una espina de mi Corazón clavarla en el suyo, que sustituirá al Mío en la pena. Éste será el bálsamo que cure mis heridas. Son millones de espinas que me traspasarán: millones han de ser también las cruces vivas perfectas que con su pureza, sus sacrificios y acrisoladas virtudes me deben consolar.

Están llamadas estas almas a coronar mi Corazón sustituyendo la corona de espinas, y éste será su lugar en el cielo. Esto es muy alto, pues al hablar de mi Corazón no le quiero considerar esta vez sólo como la entraña natural más noble de mi cuerpo, sino que expongo sus sentimientos interiores, me elevo a la parte mística y divina de sus dolores porque no son *materiales* las espinas que le ciñen como una corona: son más agudas y punzantes aún. Esta gracia parecerá increíble a las almas, pero es muy propia de mi bondad infinita que se complace en compartir mis penas con los escogidos: participar de los dolores de mi Corazón predispone a coparticipar de su gloria. (116)

En el cielo se contempla a la divinidad sin velos y, dentro de ella, a mi Corazón de *carne*, (117) mi humanidad formada en el seno purísimo de María. Ahí, envueltas e impregnadas de Dios, estarán las *Cruces vivas* coronando a mi Corazón en lo más recóndito de la divinidad, porque en ella reside como el centro del amor y de los sentimientos más íntimos del mismo Dios. Mas para un fin tan alto, se necesita que esas almas sean mi propio reflejo. (118) Vean aquí, hijos de la Cruz, cuán puras, qué límpidas deben estar las almas en que se refleje la Trinidad Santísima: el Padre con sus infinitas perfecciones; Yo con todos mis dolores, y el Espíritu Santo con el fuego de sus amores.

Y esto quiero que sean sus almas: un reflejo de Dios, un mismo corazón con su Jesús. Deben vivir de mi propia vida, (119) palpar sus corazones al compás del mío y arderse con el fuego que le devora: pero sobre todo, amar con el mismo inmenso ardor y sin interrupción, con sacrificios generosos. Siempre puros, amados hijos, siempre víctimas. Que estos dos distintivos, peculiares de mi Corazón, que se abrasa y consume derretido de amor por sus hijos predilectos, sean su divisa porque son su esperanza, su consuelo y su descanso en la tierra, y serán su gloria por toda la eternidad. Amén.

«Es posible ver [...] que los pecados de los hombres en cualquier tiempo cometidos, fueron la causa de que el Hijo de Dios se entregase a la muerte, con sus mismos dolores y tristezas, de nuevo le infieren ya que cada pecado renueva, a su modo, la Pasión del Señor, conforme a lo que dijo el Apóstol: **"Nuevamente crucifican al Hijo de Dios y le exponen a la burla"**». MR 10, Pío XI)

«El Sacrificio de Cristo, ante todo, es un don del mismo Dios Padre: es el Padre quien entregó al Hijo para reconciliarnos con El. Al mismo tiempo es ofrenda del Hijo de Dios hecho hombre que, libremente y por amor, ofrece su vida a su Padre por medio del Espíritu Santo para reparar nuestra desobediencia y desconfianza». (CDC 614)

(116) **"Si hemos muerto con él, también viviremos con él"**. (2Tim 2,11)

(117) **"en medio un Cordero en pie, como degollado"**. (Ap 5,6)

(118) **"reflejando como en un espejo... nos vamos transfigurando..."**. (2Cor 3,18)

(119) **"He venido para que tengan vida y la tengan en abundancia"**. (Jn 10,10)

DOS PASIONES

"¡Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has abandonado?". (Sal 21,2)

«En Mí, hijos míos, hubo dos pasiones: una que duró tan sólo unas horas y otra que, amargando mi Corazón desde la Encarnación, místicamente continúa aún en la Eucaristía.

Ansiaba Yo verme crucificado: padecer más y más por el hombre; y a medida que mis suplicios se aproximaban latía mi Corazón con inmenso júbilo. (120) Mi pasión interna, producida por el amor, anhelando desahogarse en los padecimientos. Un secreto que pocas almas conocen, **secreto de mi Corazón amante, es que mi pasión no ha concluido**: duró toda mi vida mortal y durará mientras haya ingratitudes. Mi pasión del cuerpo fue un descanso para mi pasión del alma".

«¿Fue descanso, Jesús?»

«Sí, fue ciertamente un descanso, un alivio, porque mi Corazón se abrasaba en dos amores: en el amor a mi Padre (121) y en el amor a las almas; (122) y descansó cuando con mis padecimientos corporales incendió al mundo con el fuego del Leño de la Cruz santificada con mi contacto. Con mis padecimientos externos, y más aún con los internos, como el desamparo y la desolación, dolores de un Hombre-Dios, que me arrancaron la vida, se reparó a la divina Justicia, se abrieron las puertas del cielo y las gracias, como lluvia, descendieron sobre las almas. Yo soy el amor y amo las almas hasta la locura y porque amé a los hombres morí por ellos.

La salvación de las almas es mi más ardiente deseo; es la pasión dominante de mi Corazón; es este Corazón lleno de fuego que se consume en su favor y que las mismas ingratitudes humanas le sirven de combustible.

Con lo que llevo dicho ya comprenderán, hijos míos, la pasión íntima de mi Corazón: en ella no han concluido ni las espinas, ni los clavos, ni la cruz, porque subsisten los pecados y las ingratitudes.

Padecí durante mi vida porque veía a través de los siglos pisotear la gracia que tanto me iba a costar adquirir. Y hoy padezco místicamente y lloro sobre muchas almas **muertas**, amenazadas de perderse.

Otro secreto más voy a confiarles. No sólo padeció mi alma **desamparos y desolaciones** en la cruz. También en mi vida, y muy a menudo, sentí el desamparo de mi Padre, no tan sólo en el Huerto de los Olivos cuando su mirada se fijaba en Mí y me veía como al responsable de los pecados del mundo, vestido de ellos. Y estos padecimientos internos, excepto mi Madre y san José nadie los conoció. Y tampoco ha habido en el mundo, hasta hoy, quienes se **dediquen especialmente** a honrar estos dolores ocultos de mi alma, esta pasión acerbísima de mi Corazón. Todos ven mi exterior, pero muy pocas almas penetran al fondo de mis dolores. Para esto quiero tener Cruces vivas que mitiguen con sus sacrificios de amor las penas del mío.

Las llamo *Cruces vivas* porque en la cruz se concentraron el amor y dolor; y cruces de mi Corazón porque están llamadas especialmente a ser su *propiedad*. Por tanto, mi Corazón de fuego las llenará de lo que está lleno: de martirios internos que ofrecerán, a imitación mía, por la salvación de las almas. Este es el destino, el carácter especial de mis hijos: ser víctimas en favor de la Iglesia y de sus hermanos.

No a todas las almas regalo con los martirios internos de mi Corazón, sino sólo a las que se entregan totalmente a mi voluntad empleando su vida y sus dolores en salvar a las almas.

Así deben ser mis hijos y Yo les ofrezco regalarles con la purificación fecundísima del desamparo, que las ligue a mi Corazón, centro de sus delicias. No hay en el mundo celo porque no hay amor: casi nadie se sacrifica por otros. Las almas se pierden y mi Sangre se desperdicia en ellas. Si me fuera dado, moriría otra vez para rescatarlas”.

«¡Oh Jesús, qué caridad! Pero no, tú no morirás ya, sino que moriremos nosotros tus hijos de la cruz que queremos vivir y morir víctimas como tú, crucificados en bien de los hombres, continuando tu pasión en la tierra.

Consuélate ya, Corazón divino, que te prometemos continuar tus dos pasiones, en el cuerpo y en el alma, para lograr contigo infinitas gracias para el mundo. Amén.

«El Hijo de Dios tomó la naturaleza pasible y mortal con la mira puesta principalmente en el sacrificio cruento de la Cruz, que Él deseaba ofrecer con el fin de cumplir la obra de la salvación de los hombres». (HA 25, Pío XII)

«El que ha sido crucificado en la carne, nuestro Señor Jesucristo, es verdaderamente Dios, Señor de la gloria y uno de la Santísima Trinidad. (DS 432)

(120) “*Con ardiente deseo e deseado comer esta Pascua con ustedes antes de padecer*”. (Lc 22,15)

(121) “*el mundo tiene que saber que amo al Padre...*”. (Jn 14,31)

(122) “*Ruego por los que me has dado*”. (Jn 17,9)

SECRETO

«*Todo lo que he oído a mi Padre, se los he dado a conocer*». (Jn 15,15)

Las almas víctimas no podrán ser mis cruces si no son antes "*mi Corazón*": es decir, si no las animan los mismos sentimientos, deseos, aspiraciones y voluntad; si no se transforman en Él por la pureza y por el dolor.

Ya han meditado en los secretos íntimos de mi Corazón de fuego: (123) en aquel mar que existe en su fondo, que lo impregna de dolor; en la cruz interna que lo traspasa; en las ardientes llamas que le incendian constantemente sin consumirlo; en las crueles espinas, millones y millones, de que está punzado; en el inmenso fuego que, inflamando sus ramificaciones, le hace padecer atrocísimamente; en la herida que rompió la fuente de la pureza, de las gracias y de los sacramentos. Todas estas consideraciones han llenado sus horas y sus corazones, almas y pensamientos están impregnados de lo que es este *Tesoro divino*, de lo que vale, y de la dicha sin precio que encierran para las almas mi Cruz hermosa y mi Corazón ardiente.

Después de haber estudiado todo esto les pregunto: «¿Quieren ser mi Corazón?; lo serán si, correspondiendo a mis designios, viven dentro de Mí. Es preciso que mis hijos verdaderos sean mi mismo Corazón; que piensen, sientan y obren y se crucifiquen con él y que me amen con su propia perfección, es decir, con el Espíritu Santo, el mismo infinito Amor. Si son mi mismo Corazón, mi divina presencia los llenará.(124)

Ya de una u otra manera les he hecho conocer mi gran ternura, la especial predilección con que los amo: pero les pido en cambio *que mueran totalmente a cuanto no sea Yo* o a Mi los lleve. Quiero sus cuerpos *muertos* a todo lo que no sea mortificación; pero a sus almas *muy vivas* gozando dentro de su verdadero claustro-Jesús. En los claustros del mundo, que encierran los cuerpos, muchas almas no residen ahí; pero el claustro de mi Corazón las encerrará para siempre dentro de sus amores y dolores.

Para ser "mi Corazón", ¿cómo vivir fuera de Él? Para transformarse en sus amores y en sus dolores hay que recorrerlo muy despacio y copiarlo muy por menudo en todas las virtudes, en todos los sentimientos, en toda la delicadeza de su ternura inconcebible, celo y caridad. (125)

Hoy les pido un último obsequio: *que enamorados y puros, se abandonen completamente a mi voluntad*, (126) penetren sacrificados por la ancha herida de mi costado para no volver a salir jamás, al asilo silencioso de los que me aman, porque son verdaderamente míos. Amén.

«El Corazón divino, símbolo legítimo de aquella caridad (omnipotente, divina) que movió a nuestro Salvador a celebrar, con el derramamiento de Sangre, su místico matrimonio con la Iglesia: sufrió la Pasión por amor a la Iglesia, que había de unir a Sí como esposa. Por tanto, del Corazón herido del Redentor nació la Iglesia, verdadera administradora de la Sangre de redención». (HA 38. 39, Pío XII)

(123) *“el misterio escondido desde los siglos en Dios”*. (Ef 3,9)

(124) *“Aquel día comprenderán que yo estoy en el Padre, y ustedes en mí y yo en ustedes”*. (Jn 14,20)

(125) *“El que me come vivirá por mí”*. (Jn 6,57)

(126) *“El que hace la voluntad de mi Padre... es mi madre...”*. (Mt 12,50)